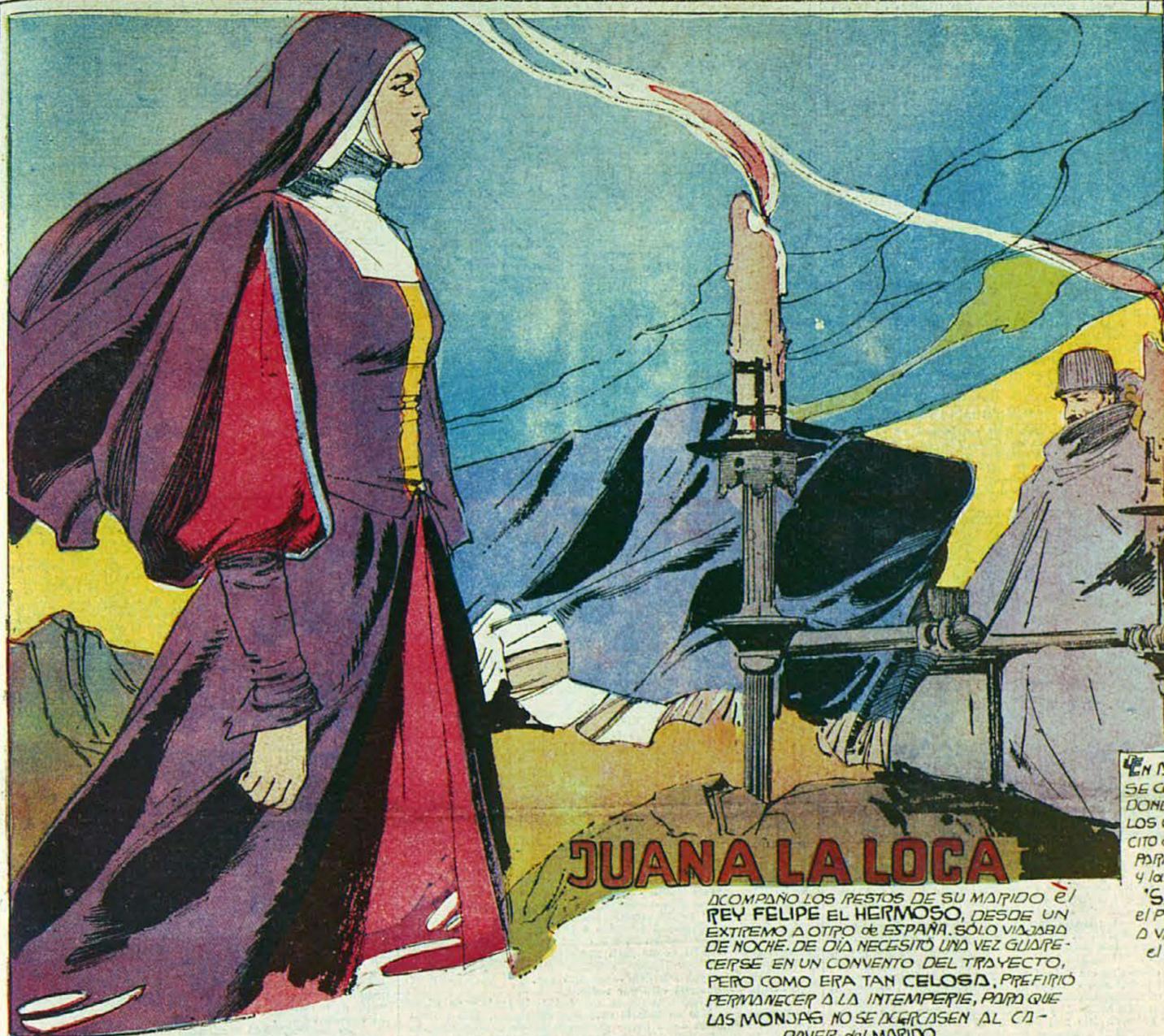


VISTO Y OIDO ★ Más Fuerte que el León y que el Tigre ★ por PREMIANI



JUANA LA LOCA

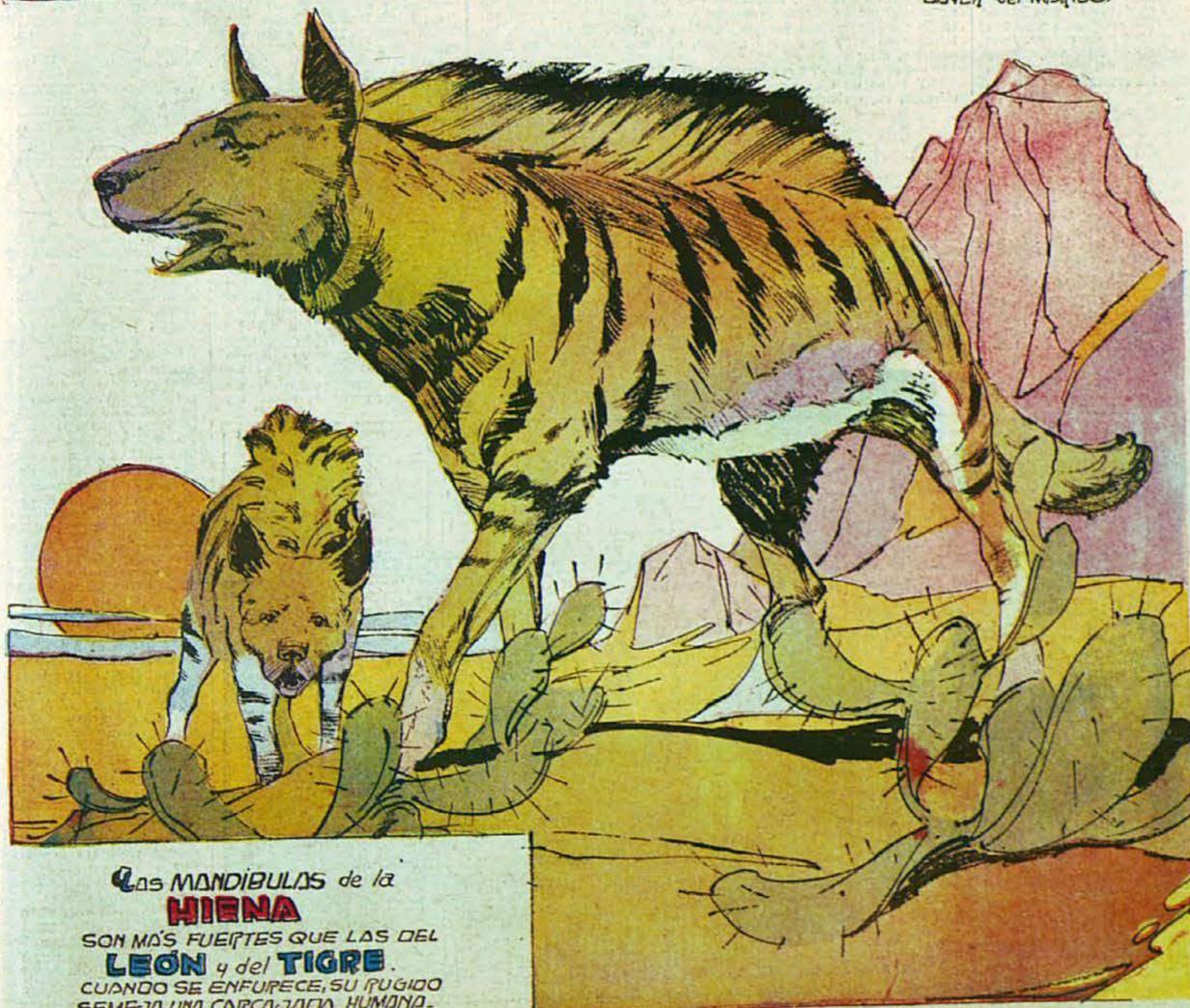
ACOMPANÓ LOS RESTOS DE SU MARIDO EL REY FELIPE EL HERMOSO, DESDE UN EXTREMO A OTRO DE ESPAÑA. SOLO VIAJABA DE NOCHE. DE DÍA NECESITO UNA VEZ GUARDE-CESE EN UN CONVENTO DEL TRAYECTO, PERO COMO ERA TAN CELOSIA, PREFERIÓ PERMANECER A LA INTemperIE, PARA QUE LAS MONJAS NO SE ACERCASEN AL CA-DAVER del MARIDO.



EN ALLURE, LA LLAMADA ALDEA ABANDONADA de NUEVA JERSEY, SE CONSERVA UN HORNO DONDE FUERON FUNDIDOS LOS CORONES DEL EJERCITO de WASHINGTON PARA LA REVOLUCION, y las CALDERAS del "SAVANNAH" el PRIMER BUQUE de VAPOR QUE CRUZÓ el ATLANTICO.



★
El MAESTRO ITALIANO **LUIS MANCINELLI** FUÉ EL PRIMER QUE DIRIÓ LA ORQUESTA DEL ACTUAL TEATRO COLÓN de Bs. AIRES, INAGURADO el 25 de MAYO de 1908.



Las **MANDIBULAS** de la **HIENA** SON MÁS FUERTES QUE LAS DEL **LEÓN** y del **TIGRE**. CUANDO SE ENFURECE, SU FUGIDO SEMEJA UNA CARCAJADA HUMANA.



La CUBA MÁS GRANDE DEL MUNDO es la FAMOSA de **HEIDELBERG**, CON CAPACIDAD PARA 212.422 LITROS. NUNCA SE PUDO LLENAR de TODO.

EL NEGRO DAÑO

CERCA del Puente del Alma, en unos campos del fisco, vivía Na Ciríaca, en un rancho, patio y sillón, dos de cuyas paredes estaban medio vencidas para el mismo lado, dando la impresión de que el viento, a la primera pechada, lo tumbaría sin remedio. Pero los pamperos habían pasado sobre él sin sacarle siquiera los yuyos que crecían entre la paja del techo. Sobre la edad de Na Ciríaca se habían echado cálculos, muchos; pero todos con el mismo resultado: debía ser muy vieja, tanto que el más viejo de los vecinos la había conocido cuando ya era una mujer formal, viviendo en ese rancho en que se había hecho fama, solita su alma y entregada a sus brujerías que le habían dado fama hasta el punto de que sus mentes se echaban a muchas leguas del lugar y de los pagos más apartados en la gente a consultarla sobre cosas diferentes y absurdas.

El padre de Froilán había sido desde muchacho un varón de esos que a fin del peligro que se ve y que lejos de dispararle a una de ellas, van a buscarla mano a mano, para sacarle el bulto al filo y a la punta si, pero de cerquita, como para no quedarse si acaso, sin entiblar la hoja del cuchillo en la carne del contrario; mas, al enfrentarse con lo inexplicable y misterioso que quitaban el sombrero respectivamente. Al divisarlo dirigiéndose a su rancho, desgraciadamente el arroyo, la vieja Ciríaca entró a la pieza. El hombre, después de pronunciar en vano el Ave María Purísima, desde cierta distancia, decidió arrastrar y golpeó la puerta con el cabo del rebenque. Esta cedió tanto como para dar paso a una paloma negra que se elevó muy alto, trazó un círculo inmenso, tomó una dirección fija y se perdió de vista entre las nubes.

POR Patricio Lynch Pueyrredón ILUSTRACION DE ROJAS

—Ya se jué y murmuró la vieja que silenciosamente había salido colándose al lado del paisano.
—¿Linda la palomita? — dijo sonriendo el gauchito.
—Eh, eh!
—¿Quién?
—El demonio.
Se perseguió el hombre entre desconfiado y temeroso, y dijo como jugando, pero lo dijo:
—No mi ashte doña. Ya sabe que soy más tierno que suada.
—Estubo a desirme lo que boh queré saber, Cipriano.
Miró él a la vieja, dudando todavía; pero la miró con gana de convencerse, yéndosele al fondo en la mirada.
—¿Y qu'é lo li-ha dicho? — inquirió brillándole en la mirada esa viveza característica del criollo, hecha de ignorancia y de malicia.
—Lo de tu-hijo. Pasá. Mirá lo que son las cosas! Boh en mi casa. Podía abeparr a cualquiera menoh a boh.
En realidad había ido a eso, por consejo de un amigo. Quería conocer el porvenir del cachorro. Para no se explicaba las últimas palabras de la vieja, y la interrogó sobre su significado. Esta respondió:
—Poco a poco.
Habían entrado a la pieza del rancho. Se sentaron frente a un banco que hacía las veces de mesa, y en el cual había un candil. Ella manoteó el mazo y entró a barajar. No necesitaba explicar el

se cumplían las predicciones de la vieja en lo que a las mujeres se refiere. El muchacho era goloso para ellas. Cipriano murió diciendo:
—¡Chá que biá sido mentirosa la bieja! — mientras sonreía placidamente pensando en que en las primeras palabras Ciríaca había errado en el color de los ojos de Froilán: Besam'hijo... Esh-eh... Güeno. Aura yo te daré...
Y cuando sin duda lo iba a bendecir, boqueó y entregó su alma, como un gauchito honrado que era, a quien se la había prestado durante cincuenta años.

Desde entonces Froilán había comenzado a vivir su propia vida. Trabajo. Junto plata y cuando más entusiasmado andaba hecho un picaflores, se asentó en una... Azucena lo tomó entre sus manos de seda dejándolo embobado en su amor de moza trigueña en la que las formas del cuerpo adquirían, con su andar blanco y tarde un aspecto agresivo hasta subyugar y hacer daño, que se colaba en su boca, que no era boca de mujer sino un tajito rojo en sangre, hecho a punta de cuchillo, caprichosamente.

Y fué el caso que una noche, al pegar la vuelta de un arreo, Cipriano se encontró con que otro gallo cantaba en su gallinero. Pensó un instante, y su pensamiento le hizo ver cosas que no son para ser contadas. Aplicó la oreja a la puerta y oyó un suspiro como una racha de viento y en seguida le chicoteó con un alambrito hecho rojo blanco al fuego en el fondo mismo de la roca del caracol del oído, un beso largo y violento.

De una patada volteó la puerta y se plantó en el centro de la pieza. Quedó mirándose. Azucena, empalmeada en seguida porque para ella fué alifanero de la primera mirada. Cuando su amigo quiso manotear las armas, Froilán lo pinchó con otra mirada peor sobre la pared del rancho donde lo dejó temblando, como a uno de esos mariposones negros y peludos que en las noches se meten a los ranchos que encuentran abiertos y apagan con sus alas de sombras los candiles de la tranquilidad.

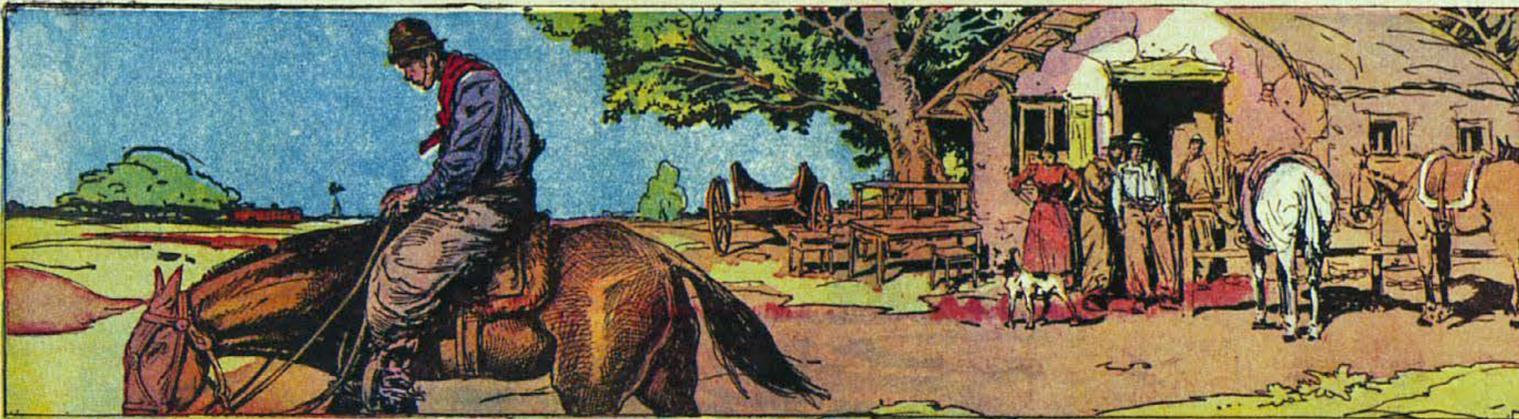
Parado, revolviendo con su mirada el fondo mismo del alma traicionera del hombre y la mujer, estuvo hasta que aclaró. Durante ese tiempo sus ojos adquirieron una fijez y una frialdad de piedra. Salíó del rancho y ni parpadeó cuando el sol que despuntaba, bañó su mirada en luz pura. Ellos habían quedado: Azucena sentada en el borde del catre, en actitud de huir. Loreto, todavía empuñado, con su oscuro poncho pampa, abriendo los brazos y de espaldas a la pared. Los dos tenían una expresión de terror en el semblante.

Froilán ensilló, montó y se alejó del nido para siempre. De un jardincito recién regado salía acariando un penetrante aroma de clavelina y de retama, de menta, de romero y de mujer. La brisa fresca y juguetea se enredaba en el ramaje de los sauces que experimentaban una tremula emoción de hojas. Una roldana poblaba de notas ásperas el espacio umbrío de un parral. El paisano salió al camino y rumbeó hacia el Sur. El sol brilló en el an-



Un borracho que dormitaba desparamado en una mesa, levantó la cabeza.
—¿No ti-habrés enquistado, che? — preguntó: — Porque si-hé él, seguiréme tomando hasta que nu-haig'aguardiente ni pa curar un tajo.
Todos salieron a la puerta para recibir al nombrado, quien como mozo criollo y generoso tenía siempre amigos en todas partes y para cada amigo un peso en el tirador.
—¿Andrá? ¿Di-ande bendrá?
La dueña del negocio, una viuda ya entrada en años, pero que conservaba en las mejillas un milagroso arrebol de juventud, como el que pintaba ya en la carne dura de sus tres hijas moctias; y que había tenido algunos amores con Froilán, corrió a preparar unas copas para ofrecérselas a la llegada.
Pero el hombre pasó como a cincuenta metros del boliche, sin que como otras veces enderezara sonriente hacia el palenque, seguro de hallarse entre amigos y ante una copa siempre colmada. Llevaba la misma actitud que a la mañana, la vista fija en la cabecera de los bastos, el mentón contra el pecho, la cabeza en sombras. La perrada salió a torrearlo; pero no hizo caso y siguió al tranco tanto por rendir de su caballo que iba con el cogote estirado, y el hocico a ras del suelo.
Ni saludó, no ya como conocido, sino siquiera como es co-

luz verde y azul que fué alejándose y apagándose al mismo tiempo.
Y, en realidad, parecía que Froilán se había transformado en el mismo demonio. Un calor de infierno lo precedía y una frialdad de escarcha quedaba a su paso. Si llegaba a unas carreras, la vista de un tirador bien forrado de billetes alegraba la codicia en los corazones, y cuando se iba con la plata en un pañuelo atado a la cintura, la decepción immobilizaba al paisanaje. Él ganaba siempre, a las carreras porque el corredor se caía del caballo indicado para ganar, y el matungo al que él había puesto sus paradas, llegaba a la raya al galope. A la taba ya no era juego el suyo, era robó el hueso, como embrujado, daba vueltas en el aire ante sus grandes ojos grises, donde la mirada se afinaba bajo las cejas unidas, suerte se clavaba para abajo, una como fuerza superior e invisible la volcaba poniéndola para arriba, si a favor del tiro había jugado. En un ríñidero al que llegó a tiempo en que largaban los pollos en el redondel, jugó contra un giro, y dijo:
—Mataló, batarás.
Del primer saque, cayó el giro degollado por la púa de su favorito.
Y el amor también le era fiel, como la fortuna en el juego. Tenía para él una fidelidad de perro y más variación de color que las escamas de un pez nadando a flor de agua bajo el sol.
Como no había tenido mamá, ni tampoco tenía tata, ni un amigo ni un perro en quien asentar su cariño de hombre solo, buscaba todas las mujeres que podía y encontraba todas las que buscaba, pero sin quererlas como lo hubiera deseado y sin mirirlas nunca en los ojos, porque ante su mirada ellas habían de sentir que el corazón se les achicaba como un grano de maíz, y entonces no les iba a caer en él ni una pizca de cariño, y aunque no las amara, se decía que tenía demasiado con el odio de los hombres para ir derecho a la indiferencia de las mujeres.
Hasta que el destino, que nos trae lo malo y en ancas lo bueno, le trajo un día una muchacha rubia como él, según lo vaticinó Ciríaca, y según lo anunció también la bruja; Froilán experimentó la angustia del sediento que ve correr un arroyo y no se atreve a romper la superficie del agua. Y entonces sufrió la necesidad de adentrarse en el alma en una insaciable sed que le estaba en la jaula del pecho, desesperadamente.
—¿Jortunau en el juego, perdidoso en amohé — se dijo.
Queriendo tantear la suerte del corazón, volvió a jugar. Los caballos le ganaron muchos pesos. La taba le echaba mal. Y hasta los hombres que le regularon una vez, le hicieron la pata ancha y tuvo que cortar a uno para hacer un escarmento en todos los que le tenían gana. Pero, lejos de entristecerse, se alegró. La rubia lo amaba, acaso... Recién entonces se acordó de que otra vez era pobre y que no tenía más lujo que un caballo y un facón.
Sin mirarla, con el temor todavía de dejarle adentro aquel daño que padecía en un tiempo, le puso toda su inmensa necesidad de cariño con un beso, en la palma de la mano chiquita como un pedicito. Ella era tibia y alegre como un rayo de sol de mañana primaveral. Y él tenía la cara sereniada por los años y por los sufrimientos. A pesar de haber resuelto ya el rumbo que seguiría, su corazón lo hizo vacilar un tanto:
—Si me quisiera un poco... Un poquito, nada más...
Había como quien sabe que se desprende de la vida, pero resignado. Sonrió ella. Froilán tuvo la osadía de mirarla a los ojos, pero éstos se iban lejos, en una mirada. Hubiera querido que le dejara que no, y volvió a hablar:
—Si me quisiera...
Tembló el labio inferior de la boca de la rubia, y Froilán tembló con él; contradictorio y tierno, Froilán Benítez Prado, que jamás había temblado ante las armas, lo hizo al pensar en el desecamiento de la palabra que tal vez había de romper el gracioso hechizo de aquella sonrisa.
Dio vuelta. Montó y se alejó al tranco. Le tarde estaba tormentosa y amenazadora. El jinete proyectaba una larga sombra negra, sobre la huella, como si en ella fuera dejando atrás, todo el daño padecido, y sin embargo un dolor machazó le llenaba el pecho y la garganta en donde pujaba por abrirse paso un grito o un sollozo. Pero, si había temblado, todavía no había dejado de ser gauchito para ponerse a llorar.
Entonces comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia, como si el cielo compadecido se hubiera puesto a llorar por él.



cómo era el chico. Ella solita se lo iba a decir. Se trataba de un mocoso blanco y rubio como la madre y con el mismo color de ojos de la pobrecita finada; unos ojos más negros que la boca de la cueva del diablo. ¿Sabía él dónde quedaba la cueva del diablo? ¿Qué iba a saber! Y ¿había visto él al diablo "en persona"? Menos. Bueno. Ella, la vieja Ciríaca, lo veía cuando quería, y hablaba con él y se trataban como amigos. Para verlo le bastaba tamborilear con los dedos sobre aquel banquito que tenían por delante. Cuando lo hacía, un montón de diablitos viejos y entecados salían de todos los rincones del rancho, y por último el tata de todos. Cipriano se puso el sombrero y con el dedo se tocó disimuladamente el cabo del facón, mientras su mirada desparamada alrededor le aseguraba la puerta. Después de un rato de charla aparentemente sin objeto, la bruja echó las cartas una a una, arreglándolas en cuadrado sobre el banquito. Al fin dijo:
—Tu-hijo que no conocerá mamá, será por juersa mujeriego. Pero nunca deberá casarse. No lo dejés casarse.
—Claro que no. El gauchito no debe casarse nunca — comentó Cipriano —. Al gauchito no debe faltarle nunca ni cabayo ni mujer, pero di-há a casarse...
Ella no le tomó atado y continuó:
—El muchacha-ha nacido con mal'estreya... y boh tené la culpa.
—¿Yo?
Un largo silencio siguió a la breve pregunta. La vieja bruja, de cara endurecida, dejó asomar a sus ojos apagados, un destello violento. Sus dedos temblaron como arriamientos agitados por una racha de viento. Sus labios murmuraron algo incomprensible y al fin se aquietó:
—¿Ti-acordá de Catalina, eh?
Entrecerró los párpados el paisano y pensó en voz alta: "Catalina... Catalina". Con una palmada en la frente acabó de hacer brotar el recuerdo a flor de labio.
—¿Ya lo creó!
Había sido una muchacha a quien él le arrastró el ala, un tiempo antes que a la finada madre de su hijo. La había querido, pero la madre era una mujer echada para atrás, y no lo dejaba llegar a las casas sin el cura. Cipriano se hubiera acollorado, aunque no a dos tirones.
—Tenía mala fama — apuntó la vieja.
Una mañana, Catalina, tan hollada, colgada del pescuezo con un maneador, en el alero del rancho. La gente dijo de todo de ella y de Cipriano. Pero sin razón. Los dos se habían portado bien y no merecían un mal juicio.
—¿Boh lo asegurá?
—Si, doña. Me quería y la desesperación porque la madre no me dejaba verla, le echó-fudo en el maneador.
—¡Ah!... ¿Sabés quién era la madre?... Mi hermana. Sabé que no pudo soportar la muerte de 'hija y si-acabó de pena ¿no? Güeno. Pero-ante-hé morir me pidió qui-al tener noticia del nacimiento de tu-hijo 'o'jita, pa que me disgrasta te castigara en lo más blando de tu carne. Yo cumplí. Cráiba que te biáh enterau d'ehto que loh del pago nu-moran.
—No, doña... —contestó el paisano cuya frente ensombrecida repentinamente veía un camino de dolor para su hijo — no lo sabía y no creía tampoco qui-una madre fuera capáh de bengars'en un angelito.
—Yo que siempre utilizau mi sensia páh bien, tube que cumplir con mi hermana, lo que no quita que remedie algu-el mal con albertirre... No lo dejé casar, sino con una rubia. De pronto-él creó querer una morecha, peru-estará errau. Cuando s'enamó-que será, andeban, también ha'e ser tarde. Y entonces le pasó lo peor porqu'e también lo quedá, y él estárá comu-el que tiene sé y no si-anim'agacharse sobr'el agu'el arroyo cuando que pasa cantando y disendi-u-el secreto-a la felisidá. Desde siempre que cuando se cruce con lah morechah se ladé, que pifera lah rubiah, comu-era Catalina. Dicho la teng'en su gloria. Sobre todo que no se case con ninguna morecha.
—¿Ya bien.
—Y, bien, lo seguirá la disgrasia comu-una lechusa. Naldé podrá mirarlo fijo sin sentir que se li-achic'el corazón com'un grano de maíz. Pa él nu-habrán sombráh más qu'un su cabesa, porque la noche será pa su ojo lo meho qu'e' día. L'irá todo, hasta lo que no quiera, porque su éidoh serán como la roca del caracol, and'el menor suspiro parecerá-una racha de viento y and'el beso más aprietau sonará como chicotasu-en carne gauchito. Tendrá bist'e gato y oído'e perro.
El padre se quedó espando los ojos de la adivina que daba vueltas entre sus dedos nudosos un cascarrón de fiandú en que había dibujados a fuego, animales con cabezas fantásticas y cuerpos humanos, los que exponía ante la llama del candil mientras los reflejos de ésta, agitados por el aire que se colaba por las rendijas de la puerta, ahondaba los ranjones que tenía por arrugas en la cara aquella maldita criatura que así, en pocas palabras, había amargado para siempre la vida de un hombre a quien su mujer acababa de darle un hijo con el último suspiro.
Froilán fué creciendo, con sus hermosos ojos grises, aunque sólo

ca parejita del alazán, en el cabo de su facón y en el rocío que se templaba aún en los pétalos de las margaritas que florecían al pie y a lo largo de los alambros de los primeros potreros y en los retazos de agua que el juncal dejaba ver en el cañadón lejano. El pingo resoplaba y cortaba chiquito, coscojeando, como en un secreto afán de lucirse ante los últimos ranchos en que ya se había agitado el silencio matinal. Y, sobre la clara huella, la sombra del jinete se estiraba en una lonja de noche, cada vez más afinada por el filo de la luz.
Aunque el camino era todo dorado y aunque el flete se acompañaba en la pisada con el sonar de la coseja, Froilán se dejaba estar sobre el recado, insensible al campo pintado de mil colores, a la luminosidad del ambiente y a la real alegría que parecía elevarse y estallar entre el cielo y la tierra en el canto de todos los pájaros de la mañana. Sus grandes ojos grises habían prendido una mirada fuerte en la cabecera de los bastos en donde las tres iniciales de su nombre hechas en oro, semejaban otras tantas viboritas rosadas, retorcidas en una sugestión de maldad y de veneno. Dentro de su cabeza se había dormido una noche sin luna y sin mañana.
A la caída de la oración los parroquianos del boliche de la Viuda, vieron aparecer su silueta en uno de los extremos del camino.
—Ayá viene Froilán Benítez Prado.

tumbre en el campo, en donde todos los hombres saben que si se encuentran, deben hacerlo saludándose y desandándose mutuamente que el bien los lleve por los caminos desolados donde los días son largos y las noches muy oscuras, y en donde hoy anda el hombre solito y fácil; pero mañana puede hallarse de a pie, como quien dice, y el amigo, el conocido o el desconocido que ayer no más se encontró en una crujía y a quien no saludó porque él iba arreando una tropilla de un pelo, puede ofrecerle un caballo para llegar a las casas.
—Ban aplahtau loh doh — comentó uno.
—Ahá — respondió otro por todos.
Se apagó de pronto la última claridad de la tarde y un silencio profundo se hizo en toda la extensión del campo. Sólo se veía en el seno inmenso de la noche pampeana la luz prodigiosamente azul de las luciérnagas, adornándola en un fantástico brillon de miedras preciosas. Todos se habían quedado mirando hacia el extremo del camino, que parecía una boca de lobo. El borracho, interpretando un pensamiento general, con una voz de caña y de misterio, dijo:
—Hasta de lay'ha cambiau. Parese el mehmo diablo.
Y todos los ojos vieron en el fondo del camino una gran luciérnaga cuyo vientre se agrandó repentinamente en una enorme

luz verde y azul que fué alejándose y apagándose al mismo tiempo.
Y, en realidad, parecía que Froilán se había transformado en el mismo demonio. Un calor de infierno lo precedía y una frialdad de escarcha quedaba a su paso. Si llegaba a unas carreras, la vista de un tirador bien forrado de billetes alegraba la codicia en los corazones, y cuando se iba con la plata en un pañuelo atado a la cintura, la decepción immobilizaba al paisanaje. Él ganaba siempre, a las carreras porque el corredor se caía del caballo indicado para ganar, y el matungo al que él había puesto sus paradas, llegaba a la raya al galope. A la taba ya no era juego el suyo, era robó el hueso, como embrujado, daba vueltas en el aire ante sus grandes ojos grises, donde la mirada se afinaba bajo las cejas unidas, suerte se clavaba para abajo, una como fuerza superior e invisible la volcaba poniéndola para arriba, si a favor del tiro había jugado. En un ríñidero al que llegó a tiempo en que largaban los pollos en el redondel, jugó contra un giro, y dijo:
—Mataló, batarás.
Del primer saque, cayó el giro degollado por la púa de su favorito.
Y el amor también le era fiel, como la fortuna en el juego. Tenía para él una fidelidad de perro y más variación de color que las escamas de un pez nadando a flor de agua bajo el sol.
Como no había tenido mamá, ni tampoco tenía tata, ni un amigo ni un perro en quien asentar su cariño de hombre solo, buscaba todas las mujeres que podía y encontraba todas las que buscaba, pero sin quererlas como lo hubiera deseado y sin mirirlas nunca en los ojos, porque ante su mirada ellas habían de sentir que el corazón se les achicaba como un grano de maíz, y entonces no les iba a caer en él ni una pizca de cariño, y aunque no las amara, se decía que tenía demasiado con el odio de los hombres para ir derecho a la indiferencia de las mujeres.
Hasta que el destino, que nos trae lo malo y en ancas lo bueno, le trajo un día una muchacha rubia como él, según lo vaticinó Ciríaca, y según lo anunció también la bruja; Froilán experimentó la angustia del sediento que ve correr un arroyo y no se atreve a romper la superficie del agua. Y entonces sufrió la necesidad de adentrarse en el alma en una insaciable sed que le estaba en la jaula del pecho, desesperadamente.
—¿Jortunau en el juego, perdidoso en amohé — se dijo.
Queriendo tantear la suerte del corazón, volvió a jugar. Los caballos le ganaron muchos pesos. La taba le echaba mal. Y hasta los hombres que le regularon una vez, le hicieron la pata ancha y tuvo que cortar a uno para hacer un escarmento en todos los que le tenían gana. Pero, lejos de entristecerse, se alegró. La rubia lo amaba, acaso... Recién entonces se acordó de que otra vez era pobre y que no tenía más lujo que un caballo y un facón.
Sin mirarla, con el temor todavía de dejarle adentro aquel daño que padecía en un tiempo, le puso toda su inmensa necesidad de cariño con un beso, en la palma de la mano chiquita como un pedicito. Ella era tibia y alegre como un rayo de sol de mañana primaveral. Y él tenía la cara sereniada por los años y por los sufrimientos. A pesar de haber resuelto ya el rumbo que seguiría, su corazón lo hizo vacilar un tanto:
—Si me quisiera un poco... Un poquito, nada más...
Había como quien sabe que se desprende de la vida, pero resignado. Sonrió ella. Froilán tuvo la osadía de mirarla a los ojos, pero éstos se iban lejos, en una mirada. Hubiera querido que le dejara que no, y volvió a hablar:
—Si me quisiera...
Tembló el labio inferior de la boca de la rubia, y Froilán tembló con él; contradictorio y tierno, Froilán Benítez Prado, que jamás había temblado ante las armas, lo hizo al pensar en el desecamiento de la palabra que tal vez había de romper el gracioso hechizo de aquella sonrisa.
Dio vuelta. Montó y se alejó al tranco. Le tarde estaba tormentosa y amenazadora. El jinete proyectaba una larga sombra negra, sobre la huella, como si en ella fuera dejando atrás, todo el daño padecido, y sin embargo un dolor machazó le llenaba el pecho y la garganta en donde pujaba por abrirse paso un grito o un sollozo. Pero, si había temblado, todavía no había dejado de ser gauchito para ponerse a llorar.
Entonces comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia, como si el cielo compadecido se hubiera puesto a llorar por él.

UNA MIRADA VIDRIOSAS

EN un sillón desvencijado, pero conservando aún restos de pasadas grandezas, se encontraba sentado frente a una mesa deslustrada por el continuo rozamiento de los codos, don Viriato Argamasilla, viejo redactor de "El Meteoro", diario de la noche. Inclinado sobre la mesa, ante una gran cantidad de cuartillas llenas de números, notas y acotaciones permanecía don Viriato horas enteras susurrando ante la resolución de lo que él llamaba "problemas de trascendencias prof u n d a s y misteriosas". Con la mano apoyada sobre el lado derecho de la cara, ocultaba la falta del ojo del mismo lado, el cual perdió en su infancia al meterse la punta de un cristal ahumado observando el proceso de un eclipse de sol.
Don Viriato, por exigencias de su sección, estaba al tanto de todas las convulsiones terráqueas y celestes, y a pesar de no poseer por desgracia más que un ojo, los fenómenos del cielo los veía con más claridad que otros con dos.
Una mañana, al levantarse don Viriato Argamasilla y en el mismo momento de ponerse la corbata, corbata deliciosa cuyos dibujos semejaban estrellas fulgurantes, se miró en el espejo y al ver reflejado su defecto, exclamó tristemente: ¡Qué lástima! ¡Esta mala situación pecuniaria no me permite siquiera la posesión de unos miserables pesos para comprarme un ojo de cristal que sustituyera al que debía ocupar esta concavidad irremediable!
Llamado nuevamente a la calle con su lápiz en ristre y su cuaderno de notas, empezó don Viriato su tarea diaria para llenar su sección y someter-

la como él decía a la voracidad nunca saciable de su público.
—Buenos días, Sr. Gutiérrez.
—¿Novedades?
—Ninguna, don Viriato, contestó un señor grave de grandes gafas que detrás de un mostrador atendía a un público compuesto por cortos de vista, miopes y otras afeciones oculares. Don Viriato, cuyo don de "hacer-

Por PEDRO DE ROJAS ILUSTRACION DEL AUTOR

se cargo" de las cosas era una de sus características, empezó a dar vueltas por la tienda examinando atentamente todos los aparatos de precisión que ocupaban los estantes del establecimiento. En uno de ellos observó que en un ángulo del mostrador había una caja en cuyo interior y cuidadosamente colocados, se encontraban alineados militarmente una colección de

ojos de cristal. Don Viriato se quedó fijo ante aquellas miradas sin vida pero que a él le parecían que lo invitaban a ocupar el puesto real para el cual estaba destinado. Una horrible tentación se apoderó de don Viriato. Se llevó su mano izquierda a la cuenca vacía y aprovechando una distracción del Sr. Gutiérrez, agarró uno de aquellos y cuidadosamente se lo guardó en el bolsillo.
Una vez en la calle soltó un suspiro hondo y prolongado y mirando en todas direcciones exclamó: ¡Dios Santo! ¡Por fin! Después de secarse el sudor y tranquilizarse íntimamente de su acción reprochable, tomó el ojo vocativo: ¡Qué cucuchicán! ¡No han visto nunca un ojo de cristal!...
Pasados unos momentos, uno de los presentes le mostró un espejo e hizo que se mirara atentamente. Don Viriato lo agarró delicadamente y, al levantarlo para colocarlo a la altura de su rostro, un grito de espanto acompañado de una maldición, dejó escapar de su garganta, al ver reflejada su imagen en el espejo.
Don Viriato había robado un ojo de cristal.



Porqué Callan

ES un miserable hospitalito de mujeres, sepultado en el centro de una antigua ciudad bengalí. En una salita privada hay un viejo canapé, y en él está recostada, con la cara hundida y gris de fatiga, la Dra. Juana Hancock, cirujana jefe. Después de una media noche y toda la mañana de intenso trabajo en operaciones o paradas anormales, con todo el cuerpo dolorido por el esfuerzo, trabaja de descansar, declararse por media hora, en silencio.

A su lado, en un banquito, estaba su correo recién llegado de Inglaterra, del que sólo tuvo ánimo para abrir la carta de su hermano, cuyo primer párrafo giraba en su cerebro cansado. "¿Dónde está tu corazón, Juana? ¿Por qué no revelas al mundo los horrores que estás viendo? ¿Cómo puedes, día por día, presenciar las torturas de mujeres tan desamparadas — no, de niñas, niñas — esposas, pues tales son — y quedarte callada? ¿No es algo de cobardía de tu parte? ¿Por qué no demandas acción policial? ¿Por qué no interviene el gobierno británico, y barre esta monstruosa crueldad cubierta hace ya tanto por nuestra bandera?"

Y Juana se contestaba con ternura que le suavizaba sus firmes labios grises: "Hermanita, inocente y segura en tu hogar, ¿cómo bendiga tu sencillo corazón?"

Pero aquí terminó la soledad. En la puerta apareció la cirujana ayudante, Ruth Knox, contrita y vergonzosa por molestarla; pero "una desesperada que usted ya salvó una vez, grita que usted la puede salvar ahora también. Algún miedo nuevo la aqueja. ¿Qué hay que hacer?"

—Mándela a mi consultorio, por supuesto; la veré allí — suspiró Juana, y se puso en pie pesadamente.

—Juana — dijo la joven, poniendo con afecto su mano en la espalda de su jefa —, aunque usted no quiera admitirlo, ya no puede más. Usted se destrozó contra este torrente de miseria que renace sin cesar. Dígame: ¿por qué nos contentamos con enjugar unas gotas en sus bordes? ¿que ésta es nuestra obra silenciosa? ¿Por qué no gritamos desde las azoteas al mundo entero, para despertarlo a los crimenes que vemos todos los días? ¿Por qué no forzamos al Gobierno, que intervienga?"

Juana, ya en el umbral, vaciló en contestar. —Yo también hablaba así, cuando era nueva en el país, como usted. Ahora, después de quince años de experiencia, veo el otro lado. No hay muros de piedra, ni barras de hierro más inexpugnables que los muros de miedos, de tradición, de ignorancia, hechos por sus propias ideas, hechos hasta de orgullo — ¡Dios las ayude! — ¡orgullo en la esclavitud! con que se encierran estas mujeres hindúes, sin saber siquiera que hay cosas mejores en el mundo. No hay policía, ni gobierno, que por leyes o a la fuerza puedan aliviar esas prisiones, pues están basadas en su religión y por lo tanto son venerables, intangibles en sus propias mentes. Hasta que esta condición básica no cambie, todo lo que podemos hacer es enjugar unas gotas en los bordes del torrente, como usted dice.

—Pero, ¿vale la pena, entonces? — preguntó la joven, con amargura.

—¿Y usted se atrevería a detenerse, a dejarlas solas? — contestó la otra, y siguió su camino.

Tras ella entró al consultorio la postulante, una hindú con una niña. Juana reconoció en aquella una su paciente de hacía

más o menos diez años, a quien salvó en un parto difícil que la tuvo en larga convalecencia.

—¡Oh dicha, dicha!, la santa presencia me recuerda! — exclamó la mujer. — Sus manos benditas me sacaron una vez del tormento, me dieron esta niña! — y aquí la interrumpieron sollozos histéricos.

—¿Qué sucede?, ¿qué va mal? Cuéntame tú, chiquita — dijo con ternura Juana en el mismo idioma, y apartó el sari que la velaba.

Pero ver esa cara fue como un golpe en el pecho, a pesar de la larga experiencia. Tan pequeña, tan infantil, y empujo tan maduro por alguna sabiduría fuera de lo natural, tan hundiéndose y tensa de inmediato miedo y de dolor físico.

—¿Qué te pasa, pues, chiquita? — repetía mecánicamente Juana, mirando la tragedia que se le revelaba, hasta que la madre halló palabras, al fin.

—Es su pequeñez lo que nos traza desgracia. Todavía no le llegó la edad, pero su marido la exige ahora que vaya con él. Le vino el capricho que no puede esperar, y mañana se la llevamos. ¡Vea! Es el prestamista que vive allí, en la acera de enfrente. Es en esa casona mayor que las otras. Es un gran hombre violento, acostumbrado a que lo obedezcan y satisfagan. No pensamos que la llamara tan pronto. Es demasiado chica para él, aún. Seguro que la devolverá, lleno de rabia, y quedaremos con la vergüenza para siempre, ante todo el mundo.

La señorita doctora sabrá — seguía la madre, sin pausas — que ya nosotras mismas hemos hecho lo que podemos. La suera empleó la plenitud de su experiencia, y el doctor hindú trabajó lo mejor que pudo, y aunque la niña quedó débil por el dolor y la sangre que perdió, todavía es demasiado chica, demasiado chical. Así es que la traigo a sus pies, oh misericordiosa presencia, oh socorro nuestro!, con el consentimiento, que tanto nos costó, de la suera, para que por cualquier medio, y pronto, ¡pronto!, nos quite la maldición de su pequeñez y la haga aceptable a su señor, que no la repudie, iracundo, y no la tengamos en las manos, desgraciada para toda la vida.



Juana la oyó bien, una vez más el cuento viejo de tantos siglos. Y contestó con bondad: —Oh, madre, esto me entristece. Su marido de usted es conocido como hombre importante. Lo veo en asientos de honor en dos de los magníficos discursos suyos, sobre la perversidad que es casarse con niñas de poca edad, y cómo esa práctica degenera y destruye vuestra raza, y usted misma, por su propia experiencia y lo que aprendió en este mismo hospital, sabe la verdad que son esas palabras. Sin embargo, aquí está usted permitiendo que se consuma el matrimonio de su propia hija cuando su cuerpo está en la mitad de su crecimiento. Y además me pide que yo dé remate con una operación al horror que ya empezaron en su casa, de arruinar y destrozar esta chica. ¿Y por qué? ¿Para salvar qué? ¿Para salvar a quién? ¿No pensaron ni una vez en la niña, en su hija? ¿No tenían en algún lado del alma un poco de piedad? — Pero la Presencia no comprende — gimió la madre —, ¿no

Por CATALINA MAYO ILUSTRACION DE PAPPAGNOLI

es también por la niña? ¿Qué destino otorgan los dioses a una esposa repudiada? En cuanto a mi señor, es verdad que él habla como los sabios (señores, quiere decir aquí los británicos) del matrimonio de los niños antes de su pubertad, y no pierde ocasión pública de atestiguarlo. Pero en el propio caso de uno, es cierto también que hay que afrontar los hechos. Hay que obrar según las necesidades de la familia. Es nuestro destino, que el Karma. No podemos evadirnos. ¡Así, ayúdanos, oh misericordia!, ayúdanos pronto!

Lealmente la cirujana respondió con otra súplica a la súplica, y cuando, media hora más tarde, despidió a la pareja, estaba segura de haber despertado una conciencia y salvado una niña.

Luego, en el ímpetu del trabajo que desbordaba cada momento de ese día y del siguiente, ese episodio se fué perdiendo por los últimos planos de su mente.

En medio de la segunda noche, Juana se despertó bruscamente por algún ruido áspero. "¿Qué fué eso?" Tratando de revocarlo, se incorporó, con el corazón sin latir.

Juana saltó de la cama, se calzó y se echó encima un vestido de cualquier modo, y se lanzó a la calle, donde topó con Ruth, la cirujana ayudante, bolso en mano, y las dos se zambulleron en la multitud de hindúes, todos hombres, que de cada puerta y calleja se derramaba en esa calle.

—¡Alguien está herido! — Juana gritó —. Somos médicas sabihbes, venimos a ayudar. ¡Dejen paso! — y así, ordenando, rogando, empujando, las dos pudieron meterse hasta el centro, donde vieron en el suelo, por sobre espaldas de la gente, algo yacente y retorciéndose apenas, gimiendo en sus últimos esfuerzos.

—Lleven la niña al hospital — ordenó Juana, adelantándose a coadros. — Allí la cuidarán.

Pero, a esas palabras, se alzó un rumor dudoso, y luego, de un tirón, dos hombres cargaron a la chica, que aulló horriblemente, y la entraron de prisa en una casa.

Ya sin poder detenerse, las médicas siguieron los talones de los dos hombres y se metieron a un patio interior con ellos, antes que la gran puerta de calle pudiera cerrarse y allí se arrojaron ante el cuerpo de una niña, de diez años escasos, que los hombres pusieron en el suelo. "La nuca rota" — se dijeron las inglesas, después de un rápido examen. "No hay nada que hacer. Le damos una inyección. Pronto se habrá acabado".

Y así, mientras la piadosa droga obraba, esperaron el fin.

Entre tanto, reconociendo un amigo entre los hombres que se amontonaban en rededor:

—¿Qué sucedió? — Juana preguntó. — Usted explíquenos, Hari Babu. Esta es su casa. ¿Qué le ocurrió a esta niña?

—Parece que esta niña, señorita doctora sabih — contestó el hombre prontamente — es la nueva esposa de nuestro vecino el prestamista. Y esta noche la llevó por primera vez a su casa. Parece que no le pudo gustar. Parece también que sus afrodisíacos le excitaron quizás demasiado. Pues tirarla por la ventana — su ventana en realidad de altura extrema — fué indiscreto.

—Indiscreto! — repitió secamente Ruth Knox. — ¿Por qué indiscreto?

—Porque con el ruido y alboroto que resultaron, la policía podía llegar a saberlo fácilmente.

—Pero por qué, en nombre del Cielo, la policía no debería saber una cosa como ésta? — llameó Ruth, ya incapaz de dominarse.

Un feo murmullo respondió, corriendo de boca en boca, hasta que Hari Babu lo contuvo.

—Paz, hermanos, ¡no sabéis que esta dama es nueva en la India? Es una amiga. No quiero hacer daño. Dadle tiempo de aprender. Señorita doctora sabih — ahora hablaba con Ruth —, nosotros hindúes no permitimos a nadie conocer los secretos de nuestros harenes. Nuestras esposas son propiedad nuestra. Nadie puede informarse sobre ellas, ni amigo ni enemigo, y tampoco desafiar los derechos del marido. Entonces, ¿la policía habría de profanar nuestros sagrados harenes, alzando el velo? Oh, somos un pueblo paciente; pero el día en que esa vergüenza nos ataque, nuestro mundo y el nuestro se banarán en sangre.

De la forma en el suelo salió un débil gemido, el último. Las médicas cubrieron la cara de la muerta, y tomaron el camino de irse.

Pero en la sombra del pasaje un grupo de mujeres las esperaba, cayendo a sus pies para tomar el polvo del suelo.

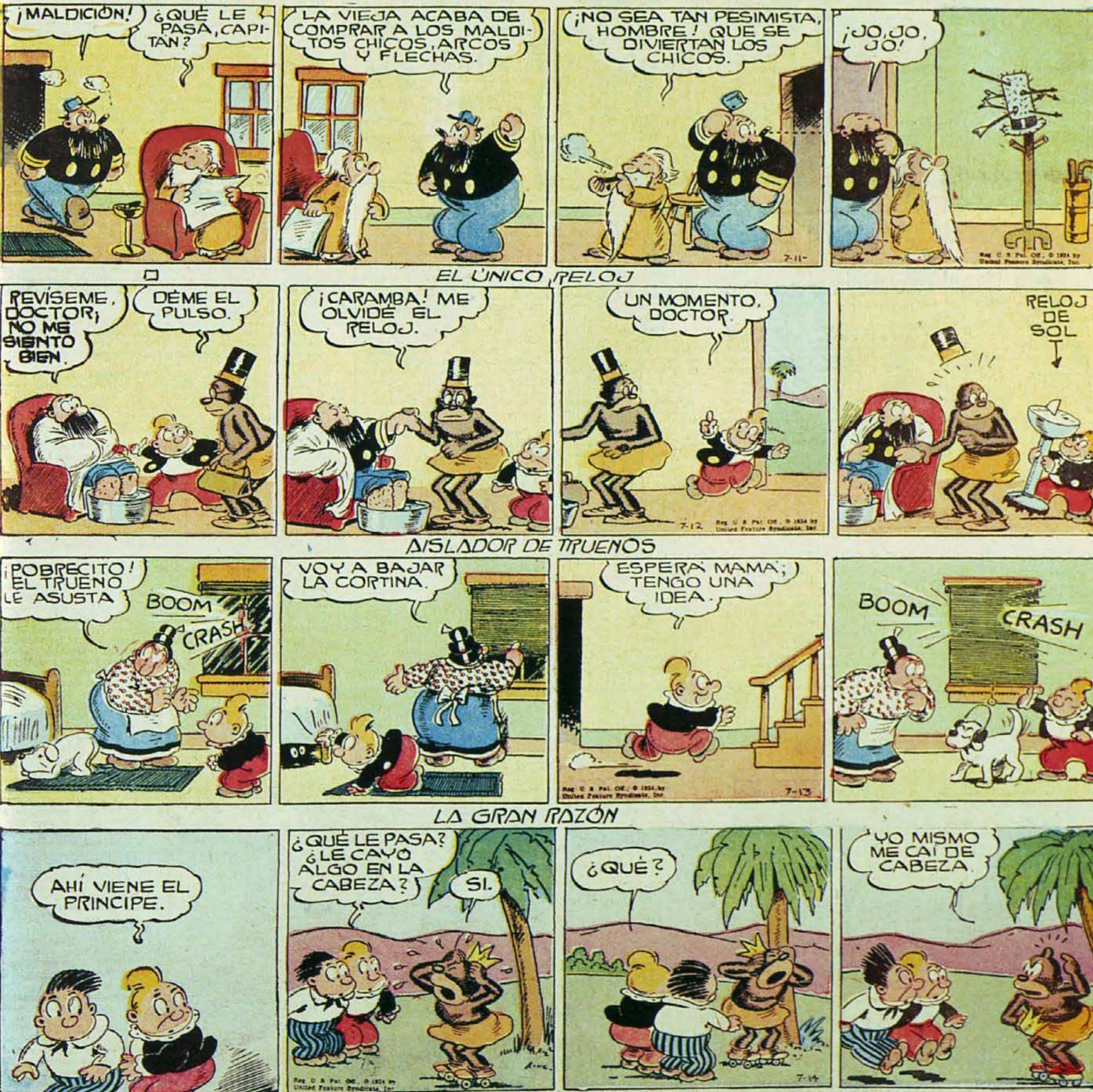
—¡Señoritas doctoras sabihbes, cómo os rogaremos! ¡En nombre de nuestro propio Dios, no aviséis a la policía! ¡No! Porque si la avisáis tan seguro como que mañana saldrá el sol, nunca más los hombres de este lugar os dejarán acercaros a nosotras sus mujeres. Nunca más podréis ayudarnos, por grandes que sean nuestros dolores. Ahora no nos dejéis sin esperanza, después de estos años de beneficios; no hagáis que nuestras puertas se os cierren. El prestamista estaba loco, oh, ¡loco! Todo el día había estado bebiendo las drogas nupciales, como hacen nuestros hombres, excitándose para la noche. Ahora su mujer está muerta, felizmente.

Habéis oído la palabra de los hombres de esta casa, y es la palabra de todo verdadero hombre hindú. Nunca permitirán la intervención en sus harenes, aunque se ensangrienten el mundo.

—Recuerdas lo que me preguntabas el otro día? — dijo Juana a Ruth, mientras volvían a subir con fatiga los peldaños del hospital. — "¿Por qué no gritamos de las azoteas?" y "¿Por qué no forzamos al gobierno que intervienga?" Bueno, después de la finalidad más larga, romper con todo y despertar la conciencia del mundo occidental, sacrificando este puñado de mujeres de nuestra calle a las mujeres de la India futura? Quizás deberíamos hacerlo. Confieso que no sé qué sería más justo. Tú y yo estamos demasiado cerca para enfocar bien la cuestión. Mañana, y mañana, y mañana, como ayer, y ayer, siempre lo mismo! En cuanto a mí, estoy demasiado cansada para pensar. Esto también es crónico, ahora. Todo lo que puedo hacer es seguir con la misma vieja rutina. Quizás Dios algún día despertará su mundo, para que oiga, y vea, y provea. Yo no puedo. Estoy demasiado cansada, y demasiado cerca.

Y fué Juana, siempre en la vieja rutina, la que me refirió esta historia.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



¡Hooóhh, lo "Saiyoby"!

RECIEN llegado al frente, Ranulfo Ledesma era uno de los tantos extranjeros agregados a las filas paraguayas, en su lucha contra Bolivia. Según las lenguas enteradas, había sido oficial de complemento en el ejército español, y, con anterioridad, contador de una casa comercial portieña bastante conocida.

¡Otros datos? Fuera de los ofrecidos por su apariencia física, ninguno. De regular estatura y apreciable reciedumbre, su desahogada indumentaria castrense permitía adivinar un fornido cuerpo de atleta, cuya granítica cabeza, de orejas levemente deformadas y, cortos cabellos enhiestos y rebeldes, exhibía un tostado rostro macizo, parco en ángulos. La nariz, algo achatada, hundía sus concavidades en un coquetón bigote, se-
mi kaiserino por lo empingorotado de sus guías, y se desdibujaba bajo el cerrado entrecejo, ceñido por dos ojos negros de verdosos reflejos. Era, en suma, un tipo simpático, agradable simpático.

Como teniente 2º, de reserva, en comisión, encargábase del día siguiente de un velotón. Esa noche, en un corralito circunstan-
cial, hablaba con un compañero paraguayo, cetrino y barbilampiño, mientras, en democrática y fraternal camaradería, seis o siete hombres de tropa, allí acurrucados, intervenían frecuentemente en el diálogo. Sobre todo, el sargento Gómez, gigantesco personaje de piel casi negra, gruesos labios y grueso bigote, trotatierros huido de revoluciones, y voluntariamente alistado en los yerbales brasileños para esas luchas más cruentas.

Marzo dormitaba sus primeras horas. Según los almanaques, el verano aún vivía, pero las noches chaguanas iban volviéndose más y más desahagibles. La parte invernal del otoño, adelantándose, llegó a transplatar el día siguiente de un velotón. Esa noche, en un corralito circunstan-
cial, hablaba con un compañero paraguayo, cetrino y barbilampiño, mientras, en democrática y fraternal camaradería, seis o siete hombres de tropa, allí acurrucados, intervenían frecuentemente en el diálogo. Sobre todo, el sargento Gómez, gigantesco personaje de piel casi negra, gruesos labios y grueso bigote, trotatierros huido de revoluciones, y voluntariamente alistado en los yerbales brasileños para esas luchas más cruentas.

Ledesma era el blanco de todas las miradas. Siempre se observaba, cuando no con simpatía, con extrema curiosidad, al Quijote defensor de ajenos intereses. Su escasez los resalta donde se posan, tanto en el éxito, como en el fracaso, como en la monótona vulgaridad. Que los hay de las tres condiciones, como también los hay vulgares Sancho Panzas.

Esse observar metódico semeja un examen anticipado de cualidades, un previo sopesar de actitudes. En la parla, en los gestos, en el carácter, se quieren adivinar los resultados.

No escapó a la perspicacia de Ledesma consideración semejante, con su séquito de inmediatas explicaciones:

—Vengo a ayudarles por la bondad de su causa. Carezco de razones precisas. Claramente explicables. No soy un desesperado; lamentaría perder la vida. ¿Cuál es, pues, el motivo de mi actitud? Lo ignoro, repito; únicamente puedo decir que nunca hubiera ido a ayudar a Bolivia.

Se oyó, lejana, la explosión de un mortero. Callaron todos, en inútil expectativa.

—Amigo Ledesma: usted está con nosotros, y eso es lo único que vale.

El sargento Gómez pareció farfullar algo entre dientes. Algunos soldados rieron a su lado.

—¿Qué pasa?

—"Mbaché" — nada, mi teniente —, replicó Gómez, poniéndose serio.

—Está mal reírse y ocultar el motivo.

Entonces el morazanero, con recitura, pero humilde, explicó la escueta hilaridad de los muchachos:

—Yo dije recién que al teniente español no le gusta esto cuando vienen le "saiyoby", o lo "yacaberé", o cuando tenemos que pelear. Y lo "mita" se riense por eso.

—¡Oh — repuso Ledesma — ya veremos, ya veremos! ¿Pero qué es eso de "Sayobi" y "caberé"?

Le explicaron. Fue un soldado:

—"Saiyoby" es un bicho... un bicho... un pájaro... "Saiyoby" es la bala... Shui, silban las balas al correr. Así el "saiyoby". "Saiyoby" es pájaro azul, grande como... como el cardenal, ese bicho cabeza colorada. Allí arriba, el lomo, el ala es azul. Anajo, el pecho, es... el color del pecho es así como ceniza... Le gusta comer fruta, sólo como fruta... Por aquí no hay "saiyoby": los pájaros, ¿entiende? No hay fruta.

—Es curioso eso del silbido idéntico al de las balas — comentó Ranulfo.

—Sí, es bastante semejante — intervino el otro oficial. Su nombre es una contracción de "zai", pollera, y "joby", azul. Pollera o traje azul, pues el guaraní carece de equivalente exacto para "traje". Muchos afirman que el nombre del ave es "saiyoby"; otros, que "sayoby" — la primera i, latina con diéresis, igual a la y griega. Así la contracción es menos patente. Sea como sea, aquí no llegan más "saiyoby" que las balas perdidas.

—No importa — dijo Gómez. Hace daño siempre. Igual que en la otra sala y el centro, no pero ya atencará lo boliviano a nosotros. Y la bala perdida también hace daño.

Vino de perilla en tal momento la narración de diversos sucesos, iniciada por un ordenanza. A cierto compañero se le había encajado, en la manta, doblada sobre su pecho, una bala perdida. A otro se le había metido en la bolsa de víveres, incrustándose en un riel repleto de proyectiles. Al mismo teniente Ramos...

—Al teniente Ramos — dijo Gómez, señalando a su jefe — le golpeó una bala en un árbol que tenía en la cabeza.

—¿Tenía un árbol en la cabeza? — bromó Ledesma.

—No; la cabeza en el árbol... en el tronco — prosiguió imperturbable el archimorcho. Encontramos allí la bala. Si no, lo mata.

—¿Si no la encuentran lo mata? — continuó bromeando Ledesma. E, instintivamente, agachó la cabeza y encogió el cuerpo. Acababa de pasar un "saiyoby". Por muy templado que uno sea la reacción es natural.

—¡Ehepaá, lo "saiyoby", teniente Ledesma! — Fue Gómez en inmediata ironía.

Silbaron más balas perdidas, altas y bajas, colocándose por entre ramas y árboles, desgajando ramitas, rebajando hojas, ramoneando a su placer. Allí por el centro se combatía fuertemente.

Gómez semejava estar en la gloria.

—¡Hooóhh, lo "saiyoby"! ¡Hooóhh, lo "saiyoby"!

Parecía que al conjuro sibilino del peligroso silbido despertaran en su alma arriscadas reminiscencias. Ese hombre debía de ser una fiera en el combate.

—¡Hooóhh, lo "saiyoby"!... ¡Hooóhh, lo "saiyoby"!

Bastante se habían atrevido, del lado guaraní. Muy pocos regresaron.

Y las ametralladoras continuaban en sus sitios.

Concluyó su explicación el narrador cuando llegó, apagada, la detonación de un cañonazo. Después, acercándose vertiginosamente, el silbido característico de la granada. Era atractivamente inquisidora su aguda entonación en i, con cambiante posterior en u. Pasó el bólide sobre el cuerpo. Cien metros atrás explotó con tantísimo estruendo. Percibíéronse nuevos silbidos turbadores; los de los cascos de granada. Ningún grito, ninguna señal de haber dado en blanco apreciable.

—¡Hooóhh, lo "yacaberé"! ¿Sabe? — añadió, moviedzo, mas sin cambiar de lugar, y dirigiéndose a Ledesma: Lo "yacaberé" es pájaro entero, vuela allá arriba y de pronto se tira de cabeza y viene al suelo... al suelo: no baja en el árbol. Mete ruido, como el de la granada cuando va volando. Es negro, no, así como la tierra, como la ceniza también pero más negro... Oveiro, feo, animal, pero lindo.

—Ahora no es fuerte como el otro día — murmuró un muchachuelo.

—Ya falta lo avión — agregó otro.

Ledesma, preocupado, miró a Ramos, que no tardó en comprender la muda interrogación: bien raquíticos, en extremo espinosos, sembrado de cagaratías y tunas. Los cirreos a distancia; necesitaban abrir piques o seguir los nuestros. Si malo aquello, esto peor, pues todos son batidos por nuestras ametralladoras.

"Ametralladoras..." "Ametralladoras..." Desde que supo de las dos abandonadas, hurgaba en el subconsciente de Ledesma una loca ambición: ir a recogerlas. Casi sin darse cuenta, aceptábala una y veces y rechazábala otras. Al arremansarse temporario seguía un fervoroso insistir, batido al rato por un prudente acallar tan desafortunado propósito.

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras



Apresuró el español sus palabras: —Yo pienso quedarme un rato más. —Entonces lo acompaño. —Nada de cumplimientos, nada de cumplimientos. Veo bien que está usted muerto de sueño. Sin duda anoche durmió poco. —Es verdad; estuve de ronda. —Entonces a la cama. Pronto lo alcanzaré. —Bueno; me voy al "turrutaca". Metióse Ramos en el nido subterráneo, tan pintorescamente llamado como táctico recuerdo de cierta especie ranil, con pintas de conejo, eximia zapadora y de afiladísimo dientes. Gómez fue a tumbarse en un hoyo individual, a su gusto trazado, que podrá servir para cualquiera de perenne hoyo sepulcral. Esa noche, al llegar a las trincheras del Regto. X, frente a la explanada trágica, concluida ya la reciente zabaranda, Ledesma topó con Roque Irueta, compatriota venido con él al Chaco. De inmediato, creyó ver cierta burlesca tendencia en la mirada de los soldados, más atentos sólo a su propósito, expuso a aquél sus intenciones. Recibiólas Irueta con manifiesta repulsa, pero tanto insistió el hombre, que fueron a ver al jefe del regimiento. —Estoy seguro que he de traerlas — manifestó éste al escucharlos —. Hemos tratado varias veces de lograrlo, sin resultado. Usted no ha venido para perecer de muerte tan oscura. —Mi mayor; yo no he venido para morir sino para pelear. —Entonces no vaya. —Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras



Así, y sin tregua, iba forjándose en la mente del oficial un con-
trastar de probabilidades y dificultades, un calcular de ventajas y desventajas, un acostumbrarse a la idea del seguro peligro, un reflexivo decidirse a correrlo en el temerario intento. Nada había de hirviente en su pensamiento. Sereno estaba su ánimo. Aspero estaba su ánimo.

—¿Por qué, entonces? El mismo se lo preguntaba, inútilmente. —¿Afán de sobresalir, de recompensas, de ser héroe?... Quizás. Más es el caso que nunca pensaría cotizar, de llegar a ciertos, esos resultados del riesgoso lance.

—¿Acaso respaldaba su actitud la blanca sombra de alguna linda muchacha? Pocos escapan a su influjo, pero en él, conscientemente, no llegaba a tanto.

Sin hipérbolo, iría, si iba, porque sí.

Con súbito sobresalto, con intuitivo temor a este desfogue de férreas cavilaciones, quiso apartarlas de su mente.

Atisbó los alrededores. A dos metros de distancia, apenas se distinguían borrosas formas, los perfiles se esfumaban, y los cuerpos iban sumergiéndose en la oscuridad.

Recordó su curioso recorrer del sector, durante la tarde, y ligó la idea a las explicaciones de Ramos: "Es verdad. Infeliz del que se metía, aún conociéndolos, por estos terrenos. ¡Qué laberinto y qué cámara de las torturas. Si el Chaco fuera sólo esto!"

El mutismo general llamaba al sueño. La gente empezó a levantarse y a irse en silencio. Uno tras otro, los circunstantes fueron dispersándose. Apenas, un tímido "Buenas noches" del más cumplido. Pronto quedó el claro abierto en el monte por el hecho y el machete, sin más moradores que los dos oficiales y el sargento Gómez.

—Y bien, amigo Ramos — dijo Ledesma. Usted ha de estar cansado. Inítelos.

—Vamos — aceptó el otro, incorporándose.

las ametralladoras y yo. Iré atado; no querría quedar en poder de los bolivianos.

—Amigo — dijo el jefe, golpeándole afectuosamente un hombro — crece adivinar su desazón, y sus deseos. Tendremos las cuerdas dentro de media hora...

La subsiguiente turbación de Irueta, al recibir de su jefe el ofrecimiento de un puesto en su P. C., alejado, por tanto de la línea de fuego, y la insistencia del mayor, cortés, más decidido, hicieron sospechar a Ledesma el motivo del visual tiro de los soldados. En exacta coeternidad, adv

El Preste Juan de las Indias



Al llegar a la India los portugueses que doblaron el cabo de Buena Esperanza en 1500 tuvieron un asombro mayúsculo: encontraron perfectamente instaladas muchas colonias de cristianos, los que a su vez quedaron estupefactos de ver arribar y enfrentarse a ellos extranjeros de su misma creencia religiosa. ¡Momento dramático sin duda! Resultaba que los descubridores eran un tanto naturales en esa región lejanísima y que sus habitantes tenían una inesperada visita de sí mismos, como de compatriotas caídos del cielo. ¿Sorpresa menor que la de un hombre que topa a un semejante, inesperado siempre, en un desierto? No es más notable un encuentro, como el de entonces en la India fantástica, de hombres de la misma religión? ¡No es más fácil la existencia de hombres como seres semejantes que el hecho de coincidir en idéntica religión?

Y aquellos cristianos se apellidaban enfáticamente nada menos que de Santo Tomás. ¿Pero eran católicos o herejes? ¿Y qué camino increíble habían hecho alguna vez?

Parece que por el siglo V vivían en Persia, y no estamos muy lejos de la India, cristianos poseedores de verdaderas iglesias, que celebraron concilios y que eligieron a un patriarca que residió en Seleucia y luego en Cosus. Se llamaban cristianos orientales, aunque fueron llamados caldeos; pero lo curioso es que pretendieron que aquel patriarca podía tener con derecho el título de "católico". ¡Era que hace quince siglos había en Persia una iglesia que competía con la Iglesia Católica!

Sigamos hacia occidente, que si es el gran camino que ha hecho durante siglos la cultura, puede ser el modesto camino nuestro para conseguir de la historia, ubre gigantesca de fechas, otros datos interesantes.

¡Hubo gente que se viera obligada a salir de Europa tiempos antes por motivos religiosos? Si y de Constantinopla, que no dista demasiado de Persia. Resulta que fueron proscriptos por los emperadores los que defendían una doctrina religiosa que había incubado un patriarca de esa ciudad llamado Nestorio. La cual doctrina profesaba de modo heterodoxo la división de la unidad del Redentor en dos personas, separando la naturaleza divina de la humana. (Ya antes Anastasio había predicado que no debía llamarse a la Virgen María Madre de Dios sino sólo Madre de Cristo, porque Dios no puede nacer de una criatura humana). Nestorio enseñó que el hombre había nacido de María y no Dios; de donde no había una unión substancial entre Dios y el hombre, sino sólo una unión de afectos, de voluntades y de operaciones. En fin esta doctrina fue condenada en el concilio de Roma del año 430, congregado por el papa San Celestino. Mas los protestantes la han querido justificar diciendo que Nestorio no desechaba el título de Madre de Dios sino por el abuso que se podía hacer de él; refutando los católicos que dice San Juan que el Verbo era Dios y el Verbo se hizo carne y que San Ignacio que Jesucristo es Dios existente en el hombre y es de María y de Dios. Entonces: la persona divina nació de María y María es su madre o hay que admitir en Jesucristo dos personas, la divina y la humana, de las cuales ésta nació de María y la primera no y así no subsisten ya en Jesucristo la divinidad y la humanidad en la unidad de persona y la unión que hay entre ellas es hipostática o substancial. No puede haber entre las dos personas más que una unión espiritual: Jesucristo no es ya ni un hombre Dios ni un Dios hombre sino solamente un hombre unido a Dios. No hay encarnación en Jesucristo más que en la Virgen María y Nestorio lo comprendió cuando Anastasio dijo en el pulpito: "Nadie llame a María madre de Dios; María es una criatura humana y Dios no puede nacer de una mujer". Nestorio sostuvo: "Yo no llamaré jamás Dios a un niño de dos o tres meses" y así se vio obligado a admitir dos Cristos, el uno hijo de Dios y el otro hijo de María. Los nestorianos, esto es los defensores de la doctrina en cuestión, también enseñaron, como los griegos cismáticos, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que las almas son creadas antes que los cuerpos, que el premio de santos y castigo de malos se suspenden hasta el día del juicio y que los tormentos de los condenados tendrán fin algún día.

Ahora bien: ¿eran nestorianos los que emigraron a Persia y todavía los cristianos de Santo Tomás en la India? Los de Persia siempre rechazaron tal denominación, mas lo cierto es que sus iglesias son cismáticas. En cuanto a la India por el año 535 llegó la doctrina, según parece a la costa de Malabar (en la costa Oeste del Decán) y de ahí se habrían enviado misioneros a la misma China, para perderse en su inmensidad. Y los cristianos con que toparon los portugueses que dijimos no significaban, probablemente, más que una nueva aparición de la doctrina herética, pero ya en el siglo XVI.

A pesar de la gran actividad que desplegaron los nestorianos en la difusión del cristianismo por el Asia Central hasta el siglo XI, consiguieron implantar muy pocas costumbres cristianas. Y he aquí lo más interesante. En el reino de Karait, situado al Norte de Siria, y no en el imperio de Abisinia, como creían los portugueses, es donde los nestorianos lograron su mayor poderío y tanto que convirtieron a un rey de esa región. Y los sucesores de este primer rey nestoriano, siempre cristianos, conservaron su independencia hasta que el reino fue dominado por Gengis Jan, fundador del primer imperio mongol. Parece que uno de aquellos, no vinculado a la iglesia romana, tuvo tratos con el papa Alejandro III, que se concretaron en la promesa de éste de mandar construir una iglesia en Roma y erigir un altar en Jerusalén para provecho de los vasallos católicos.

Las Indias, regiones varias pero adyacentes, son siempre la India, singular y única para nosotros. Y esa patria de la suntuosidad, esa plaza fuerte del derroche, ese lejano laberinto de seda y de oro debía, dándole opio a la fantasía, proyectarle leyendas

POR
BENJAMIN BELTRAN
ILUSTRACION DE PARGNOLI

hermanas trahumantes de los sueños, sueños volanderos arraigados en el aire consistente de la tradición.

Y una de esas leyendas es la del Preste Juan. La cual atribuye a los príncipes de Karait posteriores al siglo XII el hecho de gobernar un vastísimo y muy fuerte imperio cristiano y ejercer simultáneamente el sacerdocio: es decir, que acaparan el poder temporal y el espiritual. Y como contrapeso quizás tenían la denominación simplísima de Juan! ¡Y no había ni siquiera un Juan sin Miedo ya que no podía haber un Juan sin Tierra! La leyenda fue difundida por los nestorianos con engreimiento, para oponerla a los triunfos incontestables de los cruzados y de los reyes católicos y hacerlos aparecer así como inferiores a los logrados por ellos; quería demostrarse la superioridad de los orientales respecto de los latinos. De ahí el prestigio de la leyenda en el mundo conocido de los siglos XII y XIII. Un obispo de Siria, emisario de los armenios, contó al papa Eugenio III que en las extremidades del Asia Oriental había un rey y sacerdote llamado Juan, que descendía de los Magos de Oriente y tenía gran autoridad en varias naciones sometidas antes de aquellos reyes famosos de que nos habla la Biblia. Tal soberano poseía una corona

de esmeralda, había conquistado a Ecbatana, hoy Hamadan en Persia, y había acudido en ayuda de los reyes medos y hasta de Jerusalén, aunque esta vez sin resultado, a causa de diversos factores. Aparece magnificado en una carta del emperador de Bizancio, Manuel, en la cual "el Preste Juan, rey de reyes, invita al emperador a ir a su encuentro, prometiéndole la superintendencia de su corte". Añade que: "Juan es más rico que sesenta y dos reyes, que setenta de éstos le pagan tributo, que impera sobre las tres Indias, que la leche y la miel abundan en sus Estados comparados a las estrellas del cielo y a las arenas del mar, que le sirven las cien tribus de Israel, que cuando va a la guerra lleva delante trece cruces seguidas de muchas tropas, que su palacio está construido sobre el modelo que Santo Tomás hizo para Gundafor, rey de las Indias, que él vivía aún rodeado de las más hermosas mujeres, que le tratan para santificarle y atender a la propagación de los hijos, que al día comen en su mesa doce arzobispos y veinte obispos, que su mayordomo era primado de su reino y también rey, su copero era rey y arzobispo, un archimandrita (superior de claustro) su cocinero mayor, abad y rey". Y continúa la carta en el mismo tono de grandeza incontrarrestable.

Y hay otra carta: la de Jaime de Vitri, obispo de Toleda, escrita al papa Honorio III a principios del siglo XIII y que certifica lo siguiente: "Mientras mejora la situación de los cruzados la de los sarracenos empeora de día en día, porque Seraph, hermano de Conradino, rey de Damasco, tuvo que retirarse por la noticia de que ha invadido sus Estados el rey de la India que poderoso y aguerrido, astuto y triunfador, suscitado por el Señor para exterminar a idolatras y mahometanos, es David, a quien el pueblo llama el Preste Juan, y aunque el menor de sus hermanos ha sido escogido y coronado por un mismo Dios". Aquí está el origen de la leyenda del Preste Juan, esto es, de la conversión del rey de Karait. Y además los nestorianos dan detalles acerca de la aparición de un santo durante una cacería, cacería que contó entre sus números con un rey claramente extraviado, sin orientación posible en su propio reino, como es característica legítima de esos privilegiados casi gobernantes, el cual rey fue vuelto al camino de su casa por aquel santo que le convirtió en el acto y nada menos que doscientos mil súbditos también fueron convertidos de un modo exageradamente fulminante, proeza de velocidad espiritual.

¿Pero de dónde viene el nombre de Preste Juan? ¿Será del persa "preste chau", que significa rey apostólico o cristiano? ¿O bien "preste" era el nombre dado a los cristianos y "chau" equivale a rey? ¿O Preste Juan implica "rey de los esclavos"? Parece ser que el primer rey tuvo el de Juan como nombre en el bautismo y que sus sucesores lo adoptaron como nombre de familia. Como que los nestorianos ordenan con facilidad y aceptan el matrimonio es muy probable que bautizaran aquel rey y lo hicieran sacerdote; pero también es posible que un religioso nestoriano llegara a conquistar el trono.

Un historiador asegura que en aquellas latitudes y por aquellos años, aparte de los nestorianos, nadie sabía nada del Preste Juan. Lo cierto es que la fantasía medieval deja atrás a la arábiga de "Mil y una noches", pues en el sexto viaje de Sindbad el Marino, que recorrió todos los mares que alumbró el sol, habiendo visitado al rey de las Indias, refiere a su regreso al Califé que aquel rey: "Poseía mil elefantes, un palacio cubierto con una techumbre en la que brillaban cien mil rubíes, que tenía veinte mil coronas enriquecidas de diamantes y que eran de oro y de esmeraldas las lanzas y las armas todas de los servidores de su espléndida corte". En el cotejo la fantasía de la mujer, Shahrazad, fue superada por la de los nestorianos.

Con todo ¿es una leyenda o un hecho verdadero? ¿Para nuestra vida obscura no es todo leyenda? ¿Para nuestro ser ingenuo no es todo suceso verdadero? Necesitamos más del suave calor de la leyenda, palma poética de la historia, que de la fría lección de esta profesora madura. Nos queda mejor el engaño que la verdad. Mas para conciliación de doctores en historia y campeones en fantasía, para avenimiento de lo concreto y de lo aéreo, del carromato y de la libélula se puede concluir que: es de toda fe cierta la narración del Preste Juan en el país engoroso de la India antigua, pero en nuestra América despejada se trata sencillamente de un cuento.



DON SEGUNDO SOMBRA EN INGLES

He revisado, con Adelina del Carril, las pruebas de la próxima versión inglesa de Don Segundo. Esa versión, me aclaran, ha sido trabajada por Waldo Frank sobre un apuroso borrador de Federico de Onís, atento únicamente a dar la equivalencia inglesa, o americana, de las palabras criollas. Onís parece haber desempeñado hábilmente ese trabajo ingrato: apenas si en las trescientas páginas revisadas recuerdo un cuchillero traducido por matarife y no por peleador de cuchillo, dos o tres montes decididamente orográficos en vez de forestales, unos nombres que no son italianos, una platina que consta del metal de ese nombre — cosa no muy común en Carmen de Areco — y algún toruno que tiene poco de singular. Además — riesgos de la proximidad mejicana — suele traducir hacienda por finca... La enumeración parece fatal y sin embargo es nula, si consideramos el contrapeso enorme de aciertos. Galeradas ha habido, que no han necesitado una sola nota.

Es conocida la bondad de la versión francesa; esta de Waldo Frank es muy superior. Ello se debe a que el idioma inglés es idioma imperial, vale decir, idioma que corresponde a casi todos los destinos humanos, a las maneras más diversas de ser un hombre. Hay una zona del inglés que puede superponerse con precisión al cansado español de los troperos de nuestro Ricardo Güiraldes. Hablo del inglés equestre de Montana, de Arizona o de Texas: madres de incomparable riders of horses — como dijo Whitman, del gaucho. El patois de la versión francesa tiene algo de irremediablemente agrícola o chacarero: connota bueyes laboriosos y blusas, no altos jinetes y ríos colorados de toros. El traductor americano, inversamente, ha podido recurrir a un inglés que es bien de a caballo.

Hay más. Es dable observar en las páginas de Güiraldes, ante todo al principio de la novela, algunas pocas vanidades de estilo, propias de la hora "ultraísta" en que la escribió. La versión de Waldo Frank las ha eliminado. ¿Esto querrá decir que el gusto personal del traductor es más puro que el de Güiraldes? No sé; prefiero sospechar que es hábil más fácil renunciar a vanidades ajenas que a vanidades propias...

Continuamente, recorriendo la versión inglesa de Don Segundo, he percibido la gravitación y el acento de otro libro esencial de nuestra América: el Huckleberry finn de Mark Twain. También es libro de una andanza y de una amistad; pero de una amistad en que la baquía está a cargo del chico, y la veneración y la torpeza a cargo del hombre, y de una andanza por el agua incesante del mayor río de la tierra. (Lo primero fue imitado por Rudyard Kipling en su novela Kim: otro gran libro consanguíneo de nuestro Don Segundo Sombra).

Mark Twain, Kipling, Güiraldes: otra vez perseguiré las afinidades, los vínculos secretos y manifiestos, de esos tres altos nombres. Hástemos ahora felicitar a los americanos que conocerán nuestro libro, a los argentinos que tenemos tal libro que dar a conocer.

J. L. B.

El Nuevo Rico ★ por Héctor Rodríguez



Crúcese de Palabras

CUCO	HETEROPAGO	RARA
RAIDS	MADERATE	CUTER
YCTIOL	OIGALE	REDOMA
MARABAS	LADA	REDOMON
ORO	ABIO	LO
DI	A	OC
A	EROS	ORZADA
T	ACRITICO	REDOPELO
T	OILLO	OTATES
RA	O	MI
OCA	AIRE	ET
COROWDA	FRAC	COMIASE
ASEDIO	CARVAL	SODIUM
DATIL	POSEIDOS	NARRA
AREN	SOLENOIDES	SOIS

(Soluciones del Número Anterior)

La Luz de una Estrella,

por JOSE REMO SUFFRITI
ILUSTRACION DE PAPPAGNOLI



las sierras... A marcha lenta pasó frente al otro, eran casi todos coches dormitorio; dos cabezas de mujeres, de revuelta cabellera, miraban el paisaje desde las ventanillas. Al llegar junto al coche en que iba Andrés, Chico Pérez el fundidor, mirando a las mujeres y extendiendo el brazo con un gesto significativo, comentó: ¡Ahí van las portañas, las tuberías para las sierras... ¡Veanlo las carcas, que se lo roben, quién les manda hacer viduas de calaveras! Si trabajaran como nosotros...!

Andrés, sentado frente a él, cabizbajo y triste, tuvo deseo de darle un par de bofetones, por esa falta absoluta de piedad; mas Chico Pérez, era un destacado vociferador de los mítin y asambleas, y tendría de su parte a todos.

Los comentarios de esa gente, le llenó el corazón de una profunda amargura; y un sentimiento de asco, lo hizo levantar el asiento. Solo afuera, sobre el estribo, se dio a pensar lo que sería su vida entre ellos. ¡Siempre haciendo el mismo trabajo, escuchando las mismas conversaciones! Y ahondando más el análisis, veía el fondo turbio, sombrío y ambicioso de esos pequeños capitalistas en potencia. Todos eran iguales; llenos de envidia, odiando sin saber por qué, defendiendo su puesto y los sueldos, con terrible egoísmo. ¡No; él no sería como ellos, no!

El tren detuvo su marcha en el cruce de la Avenida Salta; y un ruidoso tropel, llevándose por delante, haciendo burlas, exentas de gracia, descendieron la mayoría de ellos.

Los tranvías y ómnibus se llenaron de una masa compacta, uniforme, semeándose en el vestir, con el mismo gesto, la misma mirada insolente, provocativa y sobriadora...

El uno tiraba fuertemente de la campanilla, otro sacando una billetera enorme pedía un boleto y daba un papel de cincuenta pesos, para que se cobrara, aquí preguntaba a las mujeres, ¿ese chistaba a los que iban por la vereda; no dejaban tranquilo a nadie...

Andrés esa tarde rompió la costumbre; ¡Diez años, a la misma hora, en el mismo sitio, y el mismo tranvía! ¡No, ya era demasiado! — Y un extraño presentimiento, una inquietud nunca sentida hasta entonces, un deseo punzante de romper, huir, eliminarse; algo en fin, que tronchaba esa absurda costumbre, esa aplastante existencia. Y a pie, solo, con su dolor a cuestas, encaminóse bordeando la vereda.

Las primeras luces del alborado brillaban en el aire, y aparecieron a sus resplandores los letreros de los negocios.

“Almacén de la Caldera” — decía en un letrero rojo, enorme, con una caldera de locomotora pintada de negro. “Tienda y Mueblería de los Ferrovianos” — en otro que abarcaba todo el ancho de la puerta. “L. Georgini. Constructor y Arquitecto. Se dan créditos y facilidades a los obreros del ferrocarril” — decía una placa esmaltada. “Carnicería El Triunfo del Obrero” — en uno de latón que ostentaba un trabajador empujando el martillo. “Relojería El Ajustador”, “Café La Locomotora”, “Peluquería de los Maquinistas”, y así de ambas veredas hasta el puente del Arroyito.

Huyendo de aquella atmósfera sofocante llegó por una calle transversal, hasta la bajada de Bianchi, a orillas del Paraná, a buscar aire, consuelo, para ahuyentar esa angustia...

El querido y viejo río, donde tantos compañeros dieran con él las primeras zambullidas, corría para abajo, hacia el sur, hacia donde van los buques de ultramar... y allí, solo, frente al inmenso cauce, lloró de rabia, de angustia; lloró la tristeza y uniformidad de su vida destenida, estúpida, y entró a su casa, decidido y sereno.

La cena fué una continuación, de la misma cena, de todos los días, de toda su vida. Cinco bocas que engullían. Cinco cabezas inclinadas sobre el mantel, ausentes unas de otras; sin ningún pensamiento que las uniera, encerradas cada cual en su angustia, en sus ansias, en sus aspiraciones.

— ¡Qué poca sai tiene la sopa, cristo! — y el puñetazo brutal de Bautista Lolmi, los volvió a poner frente a frente.

— Papá, sea un poco más suave, para decir las cosas, así me tumba el plato — musitó tímidamente Elisa, la menor, una rubia que apenas llegaba a los quince, de frente amplia, abombada y mirada suave; e inclinando la cabeza, temerosa, por el ceño fruncido de Lolmi, continuó tomando la sopa.

Andrés, sonrió tristemente, y dijo para suavizar la tormenta: Ya saben que a él le gusta bastante salada la comida.

— Eh, que yo no me acordé de probarla Bautista — agregó doña Rosina —; y los ojos azules, ingenuos, dolorosos de la madre, erraban por todo el cuarto, sin atreverse a detener en un punto fijo.

— ¡Tendré que hacérmela yo ahora la comida! ¡Es lo único que me faltaba! ¡Después de golpear la maza todo el día...! ¡A ver si tengo que ponerme las polleras! ¡Cristo! ¡La gran...! — Y el nuevo puñetazo que descargó sobre la mesa causó un desastre.

— Pero papá, va a romper la mesa, qué modo de decir las cosas...

— ¡No puedo tener otro! Yo manejo fierro, martillo; no tengo manos de cera como usted señorita. ¡Eh, basta!...

Y todo el rencor, el odio, la amargura de tantos años de trabajo; el fracaso de muchas aspiraciones y deseos insatisfechos, los volvió Bautista Lolmi, sobre su familia. Se puso de pie violentamente, tumbó la silla, arrojó un plato al suelo, y encarándose con la madre de sus hijos, con la compañera de toda la vida, le gritó colérico, enfurecido: ¡Otra vez que la sopa no esté bastante salada, la meto a usted de cabeza dentro de la olla!

Un silencio angustioso, poblado de amenazas, flotaba en el comedor. La cena quedó malograda. Doña Rosina, conteniendo las lágrimas que pugaban en sus ojos, recogió el plato, levantó la silla, y envolviendo a sus hijos con la bondad de su mirada, salió al patio.

Elisa y María, guardaban un silencio hosco, agresivo; sentían vergüenza, asco, dolor y una piedad insultante hacia Bautista Lolmi, su padre... Y Andrés, presintiendo el drama, no contestando a las provocaciones e indirectas, optó por abandonar la pieza.

En la cocina, abrazando a su madre, besándole los ojos le decía: ¡Mamá, mamá, yo no puedo soportar más, yo voy a perderme algún día, haciendo una barbaridad!

— ¡Por Dios bendito, Virgen Santa! ¡Por qué son todos así!

— ¡Como vuelva a ofenderte, se me escapa la paciencia, y temo que se me vaya la mano, y temo madre! ¡Tengo miedo de volverme un...! ¡Hasta luego viejita, no le conteste, déjelo que siga gritando. Voy hasta lo de Carmen...

Las madreselvas, jazmines y sauzales, que bordeaban el camino hasta la casa de la novia, susurraban al impulso del suave viento que venía del Paraná.

La noche, una de esas noches maravillosas del verano en Rosario, de cielo oscuro, brillante, como un mar lleno de boyas luminosas.

El barrio Arroyito en reposo; uno que otra

almacén permanecía abierto. Ladró un perro, al paso de Andrés junto a la quinta. El escape de una locomotora, subiendo la cuesta del Alberdi, repercutió allí al Este, en las islas. Una pitada estridente resonó en el río. Era un Tramps' carguero que corría para el Sur, y la voz de un tenor de almacén, se escuchó a lo lejos... Y Andrés, caminando con desgano, inquieto, pensaba: — Yo también me volveré así, llegaré a ofender a mi compañera, a mis hijos, a mis amigos, a mis camaradas del trabajo. Será el continuo manejar objetos rudos, pesados, que nos vuelve agresivos, bruscos; no será el continuo ver las mismas caras, el mismo paisaje, chato, pesado e incoloreo de un taller de ferrocarril... Y las otras gentes, las que no son obreros ferroviarios, las que efectúan otras tareas en la vida, ¿serán lo mismo? Y pasaba revista en su memoria a todos los que más vociferaban contra los otros, los felices, los que viajan y sueñan: Chico Pérez, González el ajustador, Ferrari, López, Garaque, Bautista Lolmi, sí, su padre. En una ocasión le oyó decir en una asamblea:

— ¡Compañeros! Esos burgueses, esos aristócratas, que nos roban nuestro sudor, nuestros esfuerzos, que no dejan la libre expansión de nuestros ideales... Hay que tumbar compañeros, ese régimen nefasto, e implantar el Reino del Amor, y la Fraternidad Universal... y era él, sí, su padre, el que más se destacaba en la prédica, y evocó su niñez, su infancia, su vida toda, hasta esa noche.

Infancia y niñez llena de sol y cascoteos a los vigilantes; bañadas en el Paraná, incursiones

a las quintas de frutas, coladas en los tranvías. A los trece años, el primer pantalón largo, y el primer choque brusco con la realidad fue la mañana que entró en la sección calderera, de la mano de su padre, quien presentándolo al vasco Garaque, con estas palabras: “Che Vasco, aquí te traigo a mi hijo, quiero que sea calderero, y que vos hagás de él un buen oficial. Ahora empezará de aprendiz como todos, — y agregó luego — Ya sabes Vasco, en cuanto no te haga caso a vos o a los oficiales, metele un par de patadas, y me lo traes de una oreja hasta mi fragua, y me lo aflojes que éste es medio rebelde” — y empezó la chata e incolore existencia del aprendiz calderero.

Mañanas del verano con rumor de pájaros, coladas en los tranvías, zambullidas en los arroyos, las guerrillas de los barrios rivales, todo lo que perfuma, adorna y matiza la niñez se truncó de golpe. Luego el desarrollo, la primera mujer en el “Paredón de la Avenida”, la hizo vislumbrar un mundo nuevo. Llegando a los diez y ocho, los bailes en los pic-nics, las veladas en los centros sociales, los puso en contacto con la literatura revolucionaria y sociológica, y a los veinte años, era ya oficial calderero, y día a día se torcía más chato, más uniforme, más pesada su vida. Siempre las mismas tareas; entraba una locomotora en reparación, por ejemplo, un tipo cien, las que corren los rápidos; caliente aún, llena del polvo de los caminos, con su mirriñaque que rompe la sombra, el viento, las nieblas, salpicado de

pasto; con algunas margaritas silvestres entre los brazos y las bielas; llegaba a los talleres; afuera en el corredor, los ajustadores le apagaban los fuegos, le sacaban el forro de la caldera, la casilla, y la chimenea, y libre de su plataforma, entraba la caldera a la sección reparaciones, y como un busey enorme, panza arriba, quedaba allí hasta que se le hicieran los arreglos.

Tiene la tubería que pierde, la placa de la caja de fuego rajada, los stays del lateral caldos, y algunos remaches del cuerpo cilíndrico flojos, —decía el informe del encargado, y comenzaba a distribuir las tareas.

— Vos Andrés, con el aprendiz a cortar los remaches; el medio oficial con un ayudante, a sacar los tubos; yo voy a agujerear la placa; y nada de haraganear; hay que meterle duro y parejo; tiene que estar lista muy pronto, y ya lo sabe usted, cuanto más trabajen, más ganan...

Y así todos los días, los meses, los años, toda la vida! No, no puedo. — Y Andrés se asustó de sus propias palabras dichas en voz alta. No puedo convertirme en eso, me haré vago, linyera, huiré lejos, donde nadie me conozca, no puedo convertirme en eso, sí, en eso; tengo miedo de volverme también yo como ellos, sí, como todos ellos; ¡Un tubo, una placa de cobre, un remache, un trozo insensible de fierro, estopa, carbón!...

Y clavando la mirada en una estrella enorme, brillante, que a mitad del horizonte, allá a lo lejos, hacia el Sur, sobre los escuálidos del barrio Villa, le indicaba el camino de la salvación, pasó sin detenerse, por detrás de la casa de su novia...

El enorme recinto de aquellos talleres vibraban con el estrépito ensordecedor de los martinetes, el estampado seco, como descarga de ametralladoras de los aparatos de remachar, el chirrido de los engranajes y punzonadoras, tornos; escapes de válvulas, pitadas de locomotoras, resonos de poleas...

Arriba, sobre las claraboyas, brillaba un cielo puro, claro, y un sol alegre. Era un lunes del último verano, que Andrés Lolmi, oficial calderero, trabajaría en ese ferrocarril.

— ¡Otro día más! ¡Otra semana! ¡Otro mes! ¡Otro año!... ¡Hasta cuándo Dios mío!... tendré que huir o...

— ¡Che, en qué estás pensando? ¡Hay que meterle! ¡Esa caldera tiene que estar lista para el jueves! ¡Cuándo vas a terminar de sacar los tubos?

La observación del encargado cortó las reflexiones de Andrés... y volvió a empuñar el cortafierro y el martillo...

Y así todos los días, todos los meses, todos los años!

A la mañana, en lo mejor del sueño, arriba; lavarse la cara, unos mates con desgano, luego el café, a la disparada, para no perder el tren obrero; ese largo tren, que repleto, hacinados, llevaba todos los días al numeroso contingente de empleados, capataces, oficiales y aprendices. Somnolientos, agresivos, renegando contra la vida, y contra la dura necesidad de ganarse el pan. Diez horas de encierro en aquel inmenso cobertizo, donde nada era agradable, en una atmósfera pestilente de estopas, aceite, grasa, humos, y en donde todo lo que se toca quema. Fraguas de calderas, remaches, barras de fierro al rojo vivo, salpicando de chispas los brazos, enormes placas de acero, tubos de bronce, masas de golpear, pesadas cuñas y guinches gigantescos, llevando locomotoras colgadas de sus pescantes, como si fueran chiquilines. Gritos, estallidos de válvulas, soridos rumores, explosiones lejanas...

— ¡Y tendré que seguir toda la vida así!... podré soportar... — pensaba Andrés, al terminar de extraer el último tubo de la caldera de aquella locomotora. Tenía que estar lista para el jueves.

Andrés, justamente, ese día había dispuesto faltar al trabajo... ir a pasear, al cine, al río, a cualquier parte. Festejaba a una muchachita del barrio Arroyito, hija de obreros ferroviarios como él. Recordaba que ella le dijo la noche anterior al despedirse: “Andrés, a ver si este mes sacas más sueldo, procura no faltar ningún día; así nos podemos comprar los muebles. ¡Estoy cansada de lavar la blusa de mi hermano el calderero, de mi padre el ajustador, de mi primo el maquinista; y así toda la vida!”

— ¡Diez años golpeando la maza, cortando remaches, agujereando chapas, aplastando bulones! Una angustia enorme, una pena infinita, se apoderó de él.

— ¡Qué largas, monótonas y pesadas se le hicieron las horas ese día!

Luego en el tren de regreso al hogar, volver a escuchar las mismas conversaciones de todos los días, de todos los años!

— ¡Hoy corté más de quinientos remaches! — decía con orgullo un mocetón fornido, de brazos cortos y musculosos.

— ¡Cuántos tubos sacamos de la ciento noventa; la que corre a Retiro! — agregó un aprendiz fiacucho, de mirada dura, sin la inocencia de la niñez; y como si quisiera hacerse el hombre, fumaba tragando el humo de un toscano.

— ¡Parece que van a traer nuevas locomotoras de Inglaterra, para correr los rápidos — dijo uno.

— ¡Entonces tendrán que aumentar el número de los obreros!

— ¡Si apenas hay trabajo para nosotros, no sé por qué los van a tomar! — terció Ferrari, un ajustador viejo, gordo, petón; de cara redonda como los anuncios del Té Sol.

— ¡Pero qué tusted parece que los va a pagar con su plata! ¡Como si fuera el dueño del ferrocarril! — cortó brusco Andrés.

— ¡Si trabajamos fuerte este mes, vamos a sacar más de trescientos pesos cada uno! — dijo Garaque, (el Vasco) encargado de una cuadrilla.

El tren ya llegaba a las Quintas de Ludueña, florecidas de montes y alfalfares, y allí aguardó el cruce de un especial, que iba a Córdoba, a

...

...

...

...

...

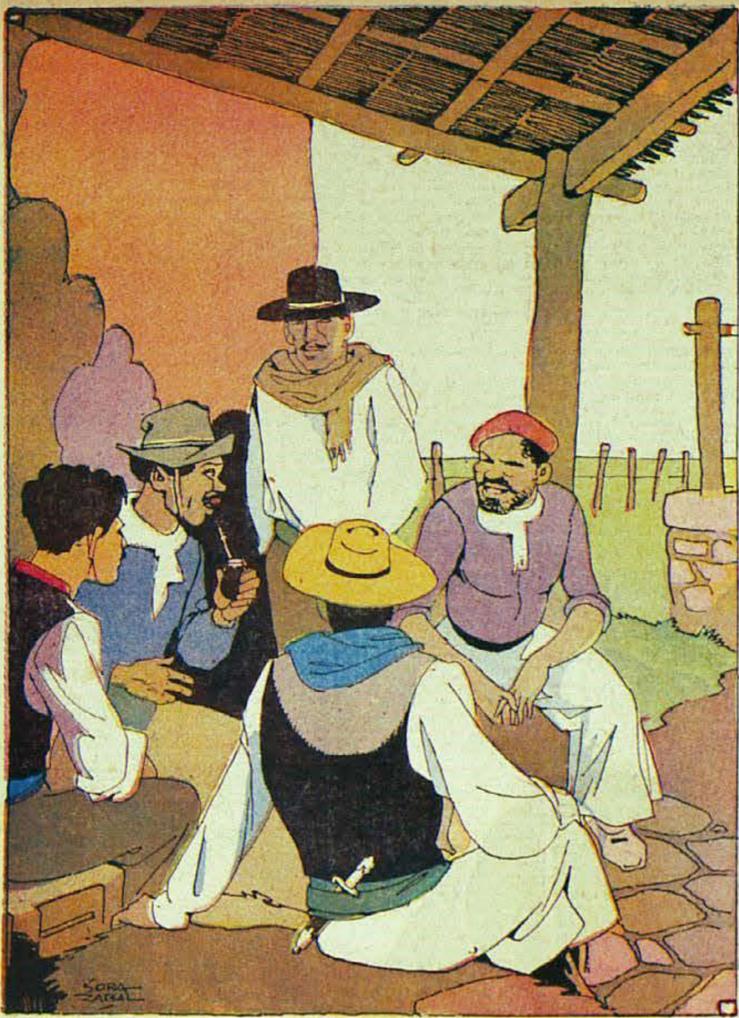
SIN HUMO SIN OLOR

YPF

KEROSENE

100% ARGENTINO

TITO



El Tumbeador Losa

En sus andanzas de gaucho sin paradero fijo, al tranco de su zaino, sin ningún apuro, el negro Losa se llegaba a la Totorá calculando la puesta del sol, y con toda la picardía que la experiencia de esa vida le había enseñado, sabía que llegando a esa hora en ninguna estancia grande se le nega permiso a nadie — por lo menos no estando los patrones, o si el mayordomo no era algún inglés "retobón" y más serio que un "ministro"; además, esa era una estancia "buena", y muy conocida por cuanto tumbeador andaba por la zona. Aunque también el mayordomo ya tenía la orden de no dejar pasar a nadie, por lo general, estos hombres, conocedores de las necesidades de todo hombre "rolante", no dejaba de dar "licencia" por un día o una noche; por eso, "pa no comprometerlo al hombre", Losa y todos los de su condición, ya se encargaban de averiguar en el boliche si andaba "la mayoría". Así fue que el paisano después de apearse sin pedir permiso ni pasar adelante, empezó a desensillar con toda parsimonia, y cuando hubo terminado, tomó un balde con agua, lo derramó sobre el lomo del caballo, sacó su farinera, rasgó con el revés de la misma el agua sudorosa de los costillares, hasta que cambió por bien bañado lo soltó dándole unas palmadas por el anca mientras le decía: "Andá, por hoy tenés bastante, y mientras el zaino olfateaba la tierra buscando un lugar paraje y posturiento para revolcarse, el negro lo contemplaba con devota veneración, porque en realidad, al animal era guapo y manso, constituyendo para Losa, su amigo, su familia y su mundo; así, todas las cosas que para él tenían más importancia eran las que estuvieran relacionadas con su caballo, de modo que como aquel día — en el concepto del gaucho — habían cumplido ambos una jornada gloriosa, el negro ató el recado, lo echó al hombro, y componiéndose el pecho se dirigió hacia la cocina de los peones radiante de satisfacción, y con vivos deseos de comentar con alguien la brillante mañana cumplida con su compañero, especialmente con el mayordomo que sabía venir a tomar unos mates con la peonada antes de cenar, e informarse en esa forma de la labor cumplida por el personal, dando al mismo tiempo las órdenes para el otro día, aunque esa mas bien era cosa del capataz, que por estar en contacto directo con los peones hacía a su gusto la distribución del trabajo. Así fue que al llegar a la cocina dejó el recado en el suelo, para entrar inmediatamente dando su clásico: "Buenas noches señores", que le fue contestado con singular muestras de bienvenida por los otros paisanos que ya conocían al negro, sabiendo que tendrían oportunidad de pasarse algunos buenos ratos, porque Losa era de esos que "por donde los tocan se quebraban", no faltándole nunca cuentos o relatos que él se encargaba de darles proporciones extraordinarias.

POR Nemesio Chourrou
Ilustración de Sorazábal

de vaca amarradas con tientos y forradas con un cuerito de ternero; pasó a formar rueda con la peonada que comentaba su presencia con las más diversas "chuscadas", siendo para ingenua vanidad de Losa el más halagador regalo; pero él, afectándose "puede", rebotaba con esa singular habilidad, que es característica en el gaucho vago para congraciarse con las personas de los lugares donde para, no haciendo de esa forma cargos a su estado. En cuanto se ubicó, lo más cercano del fogón que pudo, lugar estratégico para "abarajarse" los mates de todos los ceadores, como también donde está más concentrada la atención de todos — no amargo mientras le decía en tono jocoso: toma, negro embustero, a lo que contestó en "el aire": Sí, desde que la bolie a su hermana, lo que fue celebrado por los circunstantes por una salva de risotadas iracundias que fueron calmándose entre los mates diversos dichos, que no por antiquísimos, trillados y rastriados dejan de tener su efecto entre el gaucho, porque son aplicados con admirable oportunidad, yendo por lo general tendiendo a dejar en ridículo al que según opinión general haya sido derivado en la "chuscada"; por eso, ahí nomás le largaron — cada uno por su lado — Tomá pa tu caído ahí! Termina nomás al negro — Ya lo vas arriar con las riendas — O te pensás que es de pararlo a mano?

Mientras tanto, como de costumbre "cayó" el mayordomo, el que fue saludado por un general: "Buenas noches, señor" — con toda naturalidad, a excepción de Losa que amagando levantarse medio se solvió el sombrero, mientras decía: "Cómo está don Jaime?"

— Bien, y a vos, cómo te va?

— Qué vientos te traen por estos lados?

— Y, aquí andamos, señor...

A las vueltas, "como borrego alnau".

Esta bueno... Che decíme una cosa... Se puede saber por qué llegaste con el caballo sudado?

Esto era precisamente lo que esperaba el negro para largar su hazana, y con la más enfática aparatosisidad contestó:

— ¡Habiera visto don Jaime!... Resulta que estaban de yerra gilli en La Verde, y al terminar les da por descornar a un toruno chúcaro, pero cuando lo traían cinchendo se le corta el trenzau a Castro, que era el enlazador, y ande va que al animal enfurecido le da por atropellar pa la del mujerie... ¡Mama mía, qué alboroto! Porque claro, como estaba la patrona con unas puebleras de colorau, al bestia le pareció sangre... ¡Quedó el tendal de mujeres! Y lo peor que después supe, no tenían ni agun florida pa los desmayos; Güeno, la cosa jué que yo que era de los que veníamos rumpiendo de

a caballo, no hice más que cruzar a dos verjas al mancarón, suerte que al llegar a las mujeres, me lo pude calzar al toruno puatras de la aspa con el encunero del zaino y me lo saqué campo ajera; pero no vaya a creer que se fue sin descornar porque yo le quebré las dos aspas a garrotazos.

Ya macaneaste, le dijeron algunos, pero no con mucha insistencia, porque así, también les quedaba a ellos la oportunidad de mandarse otros bolazos semejantes.

— ¡Y qué milagro que no te quedaste a la pasteleada? — preguntó el mayordomo.

— No tenía ganas — contestó el negro.

Pero no faltó quien le dijera: — De lo que no tendrías ganas, sería de hacer algún trabajo que te estabas tomando el oír.

— No che, al trabajo nunca le he tenido miedo, y soy capaz de prenderme a lo que se dea guelta.

Pero, efectivamente era como el otro se palpitaba, porque con el movimiento de hacienda, quedaron deshechos los alambrados, y además, había la posibilidad de que al otro día le ofrecieran un trabajo de hacer un canal a pala.

De el relato de Losa, surgieron otros por el estilo, que en diversas ocasiones habían cumplido cada uno de los presentes; pero Losa, que nunca se quedaba corto, temiendo además la costumbre de atribuirse los casos ocurridos a otros u oídos en ruedas de fogón, se largó diciendo que: Una vez, viniendo de Tapalqué vide que estaban cerrando la segunda chúcarica en La Independencia, de un tal Juan Palenque.

Cuando ya me estaba alistando pa tirar unos volcaus, veo que medio se apelonata la potrada hasta que una baya cimarrona, saltando por encima de los otros jué a caer ajera del corral. ¡Jue-pucha!, dijo el capataz, al que la enlace le pagó las copas. Y salió el paisanaje lonja y lonja. Yo que caraculé pu-aní-iba pegarle guelta el animal: me corté solo pa salir a la cruzada, y así no más jué; en cuanto la vide rumbiar pa mi lau, al faldiar una lomita, le pegué la-tropellada, hasta que me le puse a tiro, pero en cuanto le ceñí el trenzau, junto con lo que pegaba el tirón, se me pierde el trompeta en una vicechera... ¡Rodada fiera, amigos! Válgale que sali parau, pero con la juria que traía, no le pude cuerpitar al lazo que estaba como cuerda e guitarra, pa pior me agarró pabajo el brazo, cuando me pude sujetar, la rosadura se había llevau ¡la blusa, la camisa y hasta las carnes, canaje!... ¡Me quedaron hueco las costillas!

Junto con la terminación del cuento estuvieron listos los asados y Losa, sabiendo que se había ganado el día, sacando su "faca" primero que todos, la chairó en el suelo con admirable destreza, la limpió en la bota al tiempo que pegaba el grito de: ¡Al asau, que hacen! y de un solo tajo de la parte más jugosa, se retiraba con el mejor pedazo, mientras decía, nombrando su bocado: ¡verija pa andar en fija!

Peloponense y Jazmin



por Hamlim

EXTRA!
PELOPONENSE, EL VIEJO FOOZY Y EL REY GUZZLE PARTEN A RESCATAR A JAZMIN, PRISIONERO DEL REY "TUCO TUCO"

DECIME VIEJO, ¿ESA BRISA NO HUELE A JAZMIN?

¡ÁNIMO, MUCHACHOS!

NOS RECONOCERÁ JAZMIN?

HABLAS COMO SI TUVIERAMOS PROBABILIDADES DE ENCONTRARLO.

TENIA EL CORAZÓN MUY TIERNO Y RONCABA TAN POCO DE NOCHE CUANDO DORMIA.

BOM

EL GIGANTE QUE QUERME EN LA MONTANA SE HA DESPERTADO; VOLVAMOS A CASITA.

¿NO SE DAN CUENTA QUE ES UN TERRE MOTO? ¡IGNORANTES!

BOOM CRA-ASH

¿Y SI A JAZMIN LE HUBIERA PASADO ALGO?

¿CÓMO SE TRANSFORMA EL MUNDO! ME GUSTARÍA MIRAR ESTO DESDE ARRIBA DE UN AEROPLANO.

PROSIGAMOS LA CRUZADA EN BUSCA DEL MODO-SO Y ME-LANCOLICO JAZMIN.

¿QUE VES DESDE ARRIBA? ¿VIENE MI HERMANO A LUCHAR CONTRA BARBA AZUL?

DEJAME, JAZMIN SE ALEGRARÁ SI ME DIVISA DESDE EL HORIZONTE.

ESTO DENTRO DE MILES DE AÑOS SE LLAMARÁ "LOOPING THE LOOP"

LE MANDAREMOS UN CABLE DE AUXILIO.

SE PORTA PEOR QUE UN OBRERO MUNICIPAL.

¡HUM! SI NO TRABAJA, ABDICARE.

CANTA ALGO; SI NO TE PONES TRISTE, HOMBRE.

¿NO TIENEN UNA SOMBRILLA PARA PONERME EN LA NARIZ?

APURATE QUE ATRAS ASOMAN LOS CUERNOS DE UN GUSANITO DE ROSAL

MANRIQUE NO TENIA RAZÓN; TODO TIEMPO FUTURO SERA MEJOR.

NO SE ATREVERÁ A VENIR POR LA CUERDA

YA PODEMOS IR TRANQUILOS, A ATACAR AL REY "TUCO TUCO" JAZMIN DEBE SER NUESTRO

